

Maravillas de la Madre de Dios invocadas bajo el título de María Auxiliadora (7/13)

[*\(continuación del artículo anterior\)*](#)

Capítulo XIII. Institución de la fiesta de María Auxiliadora.

El modo maravilloso en que Pío VII fue liberado de su prisión es el gran acontecimiento que dio ocasión a la institución de la fiesta de María Auxiliadora.

El emperador Napoleón I ya había oprimido de varias maneras al Sumo Pontífice, despojándole de sus bienes, dispersando a cardenales, obispos, sacerdotes y frailes, y privándoles asimismo de sus bienes. Después de esto, Napoleón exigió al Papa cosas que no podía conceder. A la negativa de Pío VII, el Emperador respondió con violencia y sacrilegio. El Papa fue arrestado en su propio palacio y, con el cardenal Pacca, su secretario, conducido a la fuerza a Savona, donde el perseguido, pero aún glorioso Pontífice, pasó más de cinco años en severa prisión. Pero como donde está el Papa está la Cabeza de la Religión y, por tanto, la concurrencia de todos los verdaderos católicos, Savona se convirtió en cierto modo en otra Roma. Tantas demostraciones de afecto movieron a envidia al Emperador, que quería que el Vicario de Jesucristo fuera humillado; y por ello ordenó que el Pontífice fuera trasladado a Fontainebleau, que es un castillo no lejos de París.

Mientras el Jefe de la Iglesia gemía como un prisionero separado de sus consejeros y amigos, a los cristianos sólo les quedaba imitar a los fieles de la Iglesia primitiva cuando San Pedro estaba en prisión, rezar. El venerable Pontífice rezó, y con él rezaron todos los católicos, implorando la ayuda de Aquella a la que se llama: Magnum in Ecclesia praesidium: Gran Guarnición en la Iglesia.

Se cree comúnmente que el Pontífice prometió a la Santísima Virgen establecer una fiesta para honrar el título de agosto de María Auxiliadora, en caso de que pudiera regresar a Roma a el trono papal. Mientras tanto, todo sonreía al terrible conquistador. Después de haber hecho resonar su temido nombre por toda la tierra, caminando de victoria en victoria, había llevado sus armas a las regiones más frías de Rusia, creyendo encontrar allí nuevos triunfos; pero la divina Providencia le había preparado, en cambio, desastres y derrotas.

María, movida a piedad por los gemidos del Vicario de Jesucristo y las oraciones de sus hijos, cambió en un instante el destino de Europa y del mundo entero.

Los rigores del invierno en Rusia y la deslealtad de muchos generales franceses echaron por tierra todas las esperanzas de Napoleón. La mayor parte de aquel formidable ejército pereció congelado o sepultado por la nieve. Las pocas tropas que se salvaron de los rigores del frío abandonaron al Emperador y éste tuvo que huir, retirarse a París y entregarse en manos de los británicos, que lo llevaron prisionero a la isla de Elba. Entonces la justicia pudo seguir de nuevo su curso; el Pontífice fue rápidamente liberado; Roma le acogió con el mayor entusiasmo, y el Jefe de la Cristiandad, ahora libre e independiente, pudo reanudar la administración de la Iglesia universal. Liberado de este modo, Pío VII quiso inmediatamente dar una señal pública de gratitud a la Santísima Virgen, por cuya intercesión el mundo entero reconoció su inesperada libertad. Acompañado de algunos cardenales, se dirigió a Savona, donde coronó la prodigiosa imagen de la Misericordia que se venera en esa ciudad; y con una multitud sin precedentes, en presencia del rey Víctor Manuel I y de otros príncipes, se celebró la majestuosa función en la que el Papa colocó una corona de gemas y diamantes sobre la cabeza de la venerable efigie de María.

Volviendo entonces a Roma, quiso cumplir la segunda parte de su promesa instituyendo una fiesta especial en la Iglesia, para atestiguar a la posteridad aquel gran

prodigio.

Considerando, pues, cómo en todos los tiempos la Santísima Virgen ha sido siempre proclamada auxilio de los cristianos, se apoyó en lo que San Pío V había hecho después de la victoria de la Iglesia. Pío V había hecho después de la victoria de Lepanto ordenando que se insertaran en las letanías lauretanas las palabras *Auxilium Christianorum ora pro nobis*; explicando y ampliando cada vez más la cuarta fiesta que el Papa Inocencio XI había decretado al instituir la fiesta del nombre de María; Pío VII, para conmemorar perpetuamente la prodigiosa liberación de sí mismo, de los Cardenales, de los Obispos y la libertad restaurada a la Iglesia, y para que hubiera un monumento perpetuo a ella en todos los pueblos cristianos, instituyó la fiesta de *María Auxilium Christianorum* que se celebraría todos los años el 24 de mayo. Se eligió ese día porque fue ese día del año 1814 cuando fue liberado y pudo regresar a Roma entre los aplausos más vivos de los romanos. (Quienes deseen saber más sobre lo que aquí hemos expuesto brevemente, pueden consultar Artaud: *Vita di Pio VII*. Moroni artículo Pío VII. P. Carini: *Il sabato santificato*. Carlo Ferreri: *Corona di fiori* etc. *Discursus praedicabiles super litanias Lauretanas* del P. Giuseppe Miecoviense). Mientras vivió, el glorioso Pontífice Pío VII promovió el culto a María; aprobó asociaciones y Cofradías dedicadas a Ella, y concedió muchas Indulgencias a las prácticas piadosas realizadas en Su honor. Un solo hecho basta para demostrar la gran veneración de este Pontífice hacia María Auxiliadora.

En el año 1817 se terminó un cuadro que debía colocarse en Roma, en la iglesia de S. María in Monticelli, bajo la dirección de los Sacerdotes de la doctrina cristiana. El 11 de mayo ese cuadro fue llevado al Pontífice en el Vaticano para que lo bendijera y le impusiera un título. En cuanto vio la devota imagen, sintió una emoción tan grande en su corazón, que, sin ninguna prevención, prorrumpió instantáneamente en el magnífico prefacio: *María Auxilium Christianorum, ora pro nobis*. De estas voces del Santo Padre

se hicieron eco los devotos Hijos de María y en la primera develación de aquella (15 del mismo mes) hubo un verdadero transporte de gente, alegría y devoción. Las ofrendas, los votos y las fervientes oraciones han continuado hasta nuestros días. De modo que puede decirse que esa imagen está continuamente rodeada de devotos que piden y obtienen gracias por intercesión de María, Auxilio de los Cristianos.

Capítulo XIV. Hallazgo de la imagen de María Auxilium Christianorum de Espoleto.

Al relatar la historia del hallazgo de la prodigiosa imagen de *María Auxilium Christianorum* en las cercanías de Spoleto, transcribimos literalmente el informe hecho por Monseñor Arnaldi Arzobispo de esa ciudad.

En la parroquia de San Lucas, entre Castelrinaldi y Montefalco, archidiócesis de Spoleto, en campo abierto, lejos de la ciudad y fuera de la carretera, existía en la cima de una pequeña colina una antigua imagen de la Bienaventurada Virgen María pintada al fresco en un nicho en actitud de abrazar al Niño Jesús. Junto a ella, cuatro imágenes que representaban a San Bartolomé, San Sebastián, San Blas y San Roque parecen haber sido alteradas por el tiempo. Expuestas a la intemperie durante mucho tiempo, no sólo han perdido su viveza, sino que han desaparecido casi por completo. Sólo se ha conservado bien la venerable imagen de María y el Niño Jesús. Aún quedan restos de un muro que demuestran que allí existió una iglesia. Desde que se tiene memoria, este lugar estuvo totalmente olvidado y se redujo a una guarida de reptiles y, en particular, de serpientes.

Desde hacía ya varios meses, esta venerable imagen había excitado de algún modo su culto *por medio de una voz que oía repetidamente un niño de no más de cinco años, llamado Enrique*, que le llamaba por su nombre y le dirigía una mirada de un modo que no expresaba bien el propio niño. Sin embargo, no atrajo la atención del público hasta el 19 de marzo del año 1862.

Un joven campesino de los alrededores, de treinta años, agravado posteriormente por muchos males, que se habían vuelto crónicos, y abandonado por sus médicos, se sintió inspirado para ir a venerar la imagen mencionada. Declaró que, después de encomendarse a la Santísima Virgen en dicho lugar, sintió que se le restablecían las fuerzas perdidas, y en pocos días, sin utilizar ningún remedio natural, volvió a gozar de perfecta salud. Otras personas también, sin saber cómo ni por qué, sintieron un impulso natural de ir a venerar esta santa imagen, y refirieron haber recibido gracias de ella. Estos acontecimientos trajeron a la memoria y a la discusión entre la gente de Terrazzana la voz dormida del niño antes mencionado, al que naturalmente no se le había dado crédito ni importancia, como debería haber sido. Fue entonces cuando se supo cómo la madre del niño lo había perdido en las circunstancias de la supuesta aparición y no podía encontrarlo, y finalmente lo encontró cerca de una pequeña iglesia alta y en ruinas. También se sabe cómo una mujer de buena vida, aquejada por Dios de graves aflicciones, anunció a su muerte, hace un año, que la Santísima Virgen quería ser adorada y venerada allí, que se construiría un templo y que los fieles acudirían en gran número.

De hecho, es cierto que un gran número de personas, no sólo de la diócesis, sino también de las diócesis vecinas de Todi, Perugia, Fuligno, Nocera, Narni, Norcia, etc., acuden en masa al lugar, y el número crece de día en día, especialmente en los días de fiesta, hasta cinco o seis mil. Este es el mayor milagro del que se tiene noticia, ya que no se observa en otros descubrimientos prodigiosos.

La gran concurrencia de fieles que acuden de todas partes como guiados por una luz y una fuerza celestial, una concurrencia espontánea, una concurrencia inexplicable e inexpresable, es el milagro de los milagros. Los mismos enemigos de la Iglesia, incluso los cojos de fe, se ven obligados a confesar que no pueden explicar este sagrado entusiasmo del pueblo.... Son muchos los enfermos de los que se dice que han sido curados, no pocas las gracias prodigiosas y

singulares concedidas, y aunque es necesario proceder con la máxima cautela para discernir rumores y hechos, parece indudablemente cierto que una mujer civilizada yacía afligida por una enfermedad mortal y fue curada invocando aquella sagrada imagen. Un joven de la Villa de Santiago, que tenía los pies aplastados por las ruedas de un carro y se veía obligado a permanecer de pie con muletas, visitó la sagrada imagen y sintió tal mejoría que se deshizo de las muletas y pudo volver a casa sin ellas, y está perfectamente libre. También se produjeron otras curaciones.

No hay que olvidar que algunos incrédulos, habiendo ido a visitar la santa imagen y burlándose de ella, acudieron al lugar y, en contra de su buen juicio, sintieron la necesidad de arrodillarse y rezar, y volvieron con sentimientos completamente distintos, hablando públicamente de las maravillas de María. El cambio producido en estas personas corruptas de mente y corazón causó una santa impresión en el pueblo. (Hasta aquí Mons. Arnaldi).

Este Arzobispo quiso ir él mismo con numerosos clérigos y su Vicario al lugar de la imagen para comprobar la verdad de los hechos, y encontró allí a miles de devotos. Ordenó la restauración de la efigie, que estaba algo fracturada en varias partes, y habiendo recaudado ya la suma de seiscientos escudos en piadosas oblaciones, encargó a hábiles artistas que diseñaran un templo, insistiendo en que los cimientos se colocaran con sumo cuidado.

Para favorecer la gloria de María y la devoción de los fieles a tan gran Madre, ordenó que se cubriera temporal pero decentemente el nicho donde se venera la imagen taumaturga, y que se erigiera allí un altar para celebrar la Santa Misa.

Estas disposiciones fueron de indecible consuelo para los fieles, y a partir de entonces el número de personas de toda condición creció diariamente.

La devota imagen no tenía título propio, y el

piadoso Arzobispo juzgó que debía venerarse con el nombre de *Auxilium Christianorum*, como parecía más adecuado a la actitud que presentaba. También dispuso que siempre hubiera un sacerdote custodiando el Santuario o, al menos, algún laico de conocida probidad.

El informe de este prelado concluye con el relato de un nuevo rasgo de la bondad de María obrado tras la invocación a los “pies” de esta imagen.

Una joven de Acquaviva estaba en proceso de prueba en este Monasterio de Santa María de la Estrella, donde debía vestir el hábito de conversa. Una enfermedad reumática general la invadió de tal modo que, paralizados todos sus miembros, se vio obligada a regresar con su familia.

Por muchos remedios que probaran por los providentes padres, nunca pudo curarse; y hacía cuatro años que yacía en cama, víctima de una dolencia crónica. Al oír las gracias de esta efigie taumatúrgica, deseó que la llevaran allí en un carruaje, y en cuanto se encontró ante la venerable imagen, experimentó una notable mejoría. Se dice que otras gracias singulares han sido obtenidas por personas de Fuligno.

La devoción a María crece siempre de un modo muy consolador para mi corazón. Bendito sea siempre Dios, que en su misericordia se ha dignado reavivar la fe en toda Umbría con la prodigiosa manifestación de su gran Madre María. Bendita sea la Santísima Virgen que con esta manifestación se dignó señalar con preferencia la Archidiócesis de Spoleto.

Benditos sean Jesús y María, que con esta misericordiosa manifestación abren los corazones de los católicos a una esperanza más viva.

Spoleto, 17 de mayo de 1862.

† GIOVANNI BATTISTA ARNALDI.

Así, la venerable imagen de María Auxiliadora cerca de Spoleto, pintada en 1570, que permaneció casi tres

siglos sin honor, se ha elevado a la más alta gloria en nuestros tiempos por las gracias que la Reina del Cielo concede a sus devotos en ese lugar: y ese humilde lugar se ha convertido en un verdadero santuario, al que acuden gentes de todo el mundo. Los devotos y benéficos hijos de María dieron muestras de gratitud con conspicuas oblaciones, gracias a las cuales pudieron ponerse los cimientos de un majestuoso templo, que pronto alcanzará su deseada culminación.

[\(continuación\)](#)

El sueño de las dos columnas

Entre los sueños de Don Bosco, uno de los más conocidos es el llamado "Sueño de las dos columnas". Lo contó la noche del 30 de mayo de 1862.

«Os quiero contar un sueño. Es cierto que el que sueña no razona; con todo yo que os contaría a vosotros hasta mis pecados si no temiese que salieseis huyendo asustados, o que se cayese la casa, os lo voy a contar para vuestro bien espiritual. Este sueño lo tuve hace algunos días.

Figuraos que estáis conmigo a la orilla del mar, o mejor, sobre un escollo aislado, desde el cual no divisáis más tierra que la que tenéis debajo de los pies. En toda aquella superficie líquida se ve una multitud incontable de naves dispuestas en orden de batalla, cuyas proas terminan en un afilado espolón de hierro a modo de lanza que hiere y traspasa todo aquello contra lo cual llega a chocar. Dichas naves están armadas de cañones, cargadas de fusiles y de armas de diferentes clases; de material incendiario y también de libros, y se dirigen contra otra embarcación mucho más grande y más alta, intentando clavarle el espolón, incendiarla o al

menos hacerle el mayor daño posible.

A esta majestuosa nave, provista de todo, hacen escolta numerosas navecillas que de ella reciben las órdenes, realizando las oportunas maniobras para defenderse de la flota enemiga. El viento le es adverso y la agitación del mar favorece a los enemigos.

En medio de la inmensidad del mar se levantan, sobre las olas, dos robustas columnas, muy altas, poco distantes la una de la otra. Sobre una de ellas campea la estatua de la Virgen Inmaculada, a cuyos pies se ve un amplio cartel con esta inscripción: *Auxilium Christianorum*. (Auxilio de los cristianos). Sobre la otra columna, que es mucho más alta y más gruesa, hay una Hostia de tamaño proporcionado al pedestal y debajo de ella otro cartel con estas palabras: *Salus credentium*. (Salvación de los que creen).

El comandante supremo de la nave mayor, que es el Romano Pontífice, al apreciar el furor de los enemigos y la situación apurada en que se encuentran sus leales, piensa en convocar a su alrededor a los pilotos de las naves subalternas para celebrar consejo y decidir la conducta a seguir. Todos los pilotos suben a la nave capitana y se congregan alrededor del Papa. Celebran consejo; pero al comprobar que el viento arrecia cada vez más y que la tempestad es cada vez más violenta, son enviados a tomar nuevamente el mando de sus naves respectivas.

Restablecida por un momento la calma, el Papa reúne por segunda vez a los pilotos, mientras la nave capitana continúa su curso; pero la borrasca se torna nuevamente espantosa.

El Pontífice empuña el timón y todos sus esfuerzos van encaminados a dirigir la nave hacia el espacio existente entre aquellas dos columnas, de cuya parte superior penden numerosas áncoras y gruesas argollas unidas a robustas cadenas.

Las naves enemigas dispónense todas a asaltarla, haciendo lo posible por detener su marcha y por hundirla. Unas con los escritos, otras con los libros, con materiales

incendiarios de los que cuentan gran abundancia, materiales que intentan arrojar a bordo; otras con los cañones, con los fusiles, con los espolones: el combate se torna cada vez más encarnizado. Las proas enemigas chocan contra ella violentamente, pero sus esfuerzos y su ímpetu resultan inútiles. En vano reanudan el ataque y gastan energías y municiones: la gigantesca nave prosigue segura y serena su camino. A veces sucede que, por efecto de las acometidas de que se le hace objeto, muestra en sus flancos una larga y profunda hendidura; pero, apenas producido el daño, sopla un viento suave de las dos columnas y las vías de agua se cierran y las brechas desaparecen.

Disparan entre tanto los cañones de los asaltantes, y, al hacerlo, revientan, se rompen los fusiles, lo mismo que las demás armas y espolones. Muchas naves se abren y se hunden en el mar. Entonces, los enemigos, llenos de furor, comienzan a luchar empleando el arma corta, las manos, los puños, las injurias, las blasfemias, maldiciones, y así continúa el combate.

Cuando he aquí que el Papa cae herido gravemente. Inmediatamente los que le acompañan acuden a ayudarlo y le sujetan. El Pontífice es herido por segunda vez, cae nuevamente y muere. Un grito de victoria y de alegría resuena entre los enemigos; sobre las cubiertas de sus naves reina un júbilo indecible. Pero apenas muerto el Pontífice, otro ocupa el puesto vacante. Los pilotos reunidos lo han elegido inmediatamente de suerte que la ((171)) noticia de la muerte del Papa llega con la de la elección de su sucesor. Los enemigos comienzan a desanimarse.

El nuevo Pontífice, venciendo y superando todos los obstáculos, guía la nave hacia las dos columnas, y, al llegar al espacio comprendido entre ambas, las amarra con una cadena que pende de la proa a un áncoa de la columna de la Hostia; y con otra cadena que pende de la popa la sujeta de la parte opuesta a otra áncoa colgada de la columna que sirve de pedestal a la Virgen Inmaculada.

Entonces se produce una gran confusión. Todas las

naves que hasta aquel momento habían luchado contra la embarcación capitaneada por el Papa, se dan a la fuga, se dispersan, chocan entre sí y se destruyen mutuamente. Unas al hundirse procuran hundir a las demás. Otras navecillas, que han combatido valerosamente a las órdenes del Papa, son las primeras en llegar a las columnas donde quedan amarradas.

Otras naves, que por miedo al combate se habían retirado y se encuentran muy distantes, continúan observando prudentemente los acontecimientos, hasta que, al desaparecer en los abismos del mar los restos de las naves destruidas, bogan aceleradamente hacia las dos columnas, y allí permanecen tranquilas y serenas, en compañía de la nave capitana ocupada por el Papa. En el mar reina una calma absoluta.

Al llegar a este punto del relato, don Bosco preguntó a don Miguel Rúa:

– ¿Qué piensas de esta narración?

Don Miguel Rúa contestó:

– Me parece que la nave del Papa es la Iglesia de la que es cabeza: las otras naves representan a los hombres y el mar al mundo. Los que defienden a la embarcación del Pontífice son los leales a la Santa Sede; los otros, sus enemigos, que con toda suerte de armas intentan aniquilarla. Las dos columnas salvadoras me parece que son la devoción a María Santísima y al Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

Don Miguel Rúa no hizo referencia al Papa caído y muerto y don Bosco nada dijo tampoco sobre este particular. Solamente añadió: – Has dicho bien. Solamente habría que corregir una expresión. Las naves de los enemigos son las persecuciones. Se preparan días difíciles para la Iglesia. Lo que hasta ahora ha sucedido es casi nada en comparación de lo que tiene que suceder. Los enemigos de la Iglesia están representados por las naves que intentan hundir la nave principal y aniquilarla si pudiesen. ¡Sólo quedan dos medios para salvarse en medio de tanto desconcierto! Devoción a María. Frecuencia de sacramentos: comunión frecuente, empleando todos los recursos para practicarlos nosotros y para hacerlos practicar a los demás siempre y, en todo momento.

¡Buenas noches! ».
(M.B. VII, 169-171).

* * *

El Siervo de Dios Cardenal Schuster, Arzobispo de Milán, dio tanta importancia a esta visión que, en 1953, estando en Turín como Legado Pontificio al Congreso Eucarístico Nacional, en la noche del 13 de septiembre, durante el solemne Pontifical de clausura, en la Piazza Vittorio, abarrotada de gente, dio a este sueño una parte relevante de su Homilía.

Dijo entre otras cosas: “En esta hora solemne, en la Turín Eucarística del Cottolengo y de Don Bosco, me viene a la memoria una visión profética que el Fundador del Templo de María Auxiliadora narró a los suyos en mayo de 1862. Le pareció ver cómo la flota de la Iglesia era batida aquí y allá por las olas de una horrible tempestad; tanto que, en un momento dado, el comandante supremo de la nave capitana -Pío IX- convocó a consejo a los jefes de las naves menores.

Desgraciadamente, la tempestad, que bramaba cada vez más amenazadora, interrumpió el Concilio Vaticano en medio (hay que señalar que Don Bosco anunció estos acontecimientos ocho años antes de que tuvieran lugar). En los avatares de aquellos años, dos veces sucumbieron al parto los mismos Sumos Jerarcas. Cuando ocurrió la tercera, en medio del océano embravecido comenzaron a surgir dos pilares, en cuya cúspide triunfaban los símbolos de la Eucaristía y de la Virgen Inmaculada.

Ante aquella aparición, el nuevo Pontífice -el Beato Pío X- se animó y, con una firme cadena, enganchó la nave capital de Pedro a aquellos dos sólidos pilares, bajando las anclas al mar.

Entonces, las naves menores comenzaron a remar enérgicamente para agruparse en torno a la nave del Papa, escapando así del naufragio.

La historia confirmó la profecía del Vidente. El

inicio pontificio de Pío X con el ancla en su escudo coincidió precisamente con el quincuagésimo año jubilar de la proclamación dogmática de la Inmaculada Concepción de María, y se celebró en todo el mundo católico. Todos los antiguos recordamos el 8 de diciembre de 1904, cuando el Pontífice, en San Pedro, rodeó la frente de la Inmaculada Concepción con una preciosa corona de gemas, consagrando a la Madre toda la familia que Jesús Crucificado le había encomendado.

Llevar a los niños inocentes y enfermos a la Mesa Eucarística también entró a formar parte del programa del generoso Pontífice, que quería restaurar el mundo entero en Cristo. Así fue como, mientras vivió Pío X, no hubo guerra, y mereció el título de Pontífice pacífico de la Eucaristía.

Desde entonces las condiciones internacionales no han mejorado realmente; de modo que la experiencia de tres cuartos de siglo confirma que la barca del pescador en el mar tempestuoso sólo puede esperar la salvación enganchándose a las dos columnas de la Eucaristía y de María Auxiliadora, que se apareció a Don Bosco en sueños" (*L'Italia*, 13 de septiembre de 1953).

El mismo santo Card. Schuster, dijo una vez a un salesiano: "He visto reproducida la visión de las dos columnas. Diga a sus Superiores que la hagan reproducir en estampas y postales, y que la difundan por todo el mundo católico, porque esta visión de Don Bosco es de gran actualidad: la Iglesia y el pueblo cristiano se salvarán por estas dos devociones: la Eucaristía y María, Auxilio de los Cristianos".

don Pedro ZERBINO, sdb

Maravillas de la Madre de Dios invocadas bajo el título de María Auxiliadora (6/13)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

Capítulo IX. La batalla de Lepanto

Expuestos así algunos de los muchos hechos que confirman en general cómo María protege los brazos de los cristianos cuando luchan por la fe, pasemos a otros más particulares que han dado a la Iglesia motivos para llamar a María con el glorioso título de *Auxilium Christianorum*. La principal de ellas es la batalla de Lepanto.

A mediados del siglo XVI, nuestra península disfrutaba de cierta paz cuando una nueva insurrección procedente de Oriente vino a sembrar el caos entre los cristianos.

Los turcos, establecidos en Constantinopla desde hacía más de cien años, vieron con pesar que el pueblo de Italia, y en particular los venecianos, poseían islas y ciudades en medio de su vasto imperio. Por ello, empezaron a pedir a los venecianos la isla de Chipre. Cuando se negaron, tomaron las armas y con un ejército de ochenta mil soldados de infantería, tres mil caballos y una artillería formidable, dirigidos por su propio emperador Selimo II, sitiaron Nicosia y Famagusta, las ciudades más fuertes de la isla. Estas ciudades, tras una heroica defensa, cayeron ambas en poder del enemigo.

Los venecianos apelaron entonces al Papa para que acudiera en su ayuda para combatir y rebajar el orgullo de los enemigos de la Cristiandad. El Romano Pontífice, que era entonces s. Pío V, temiendo que si los turcos salían victoriosos traerían la desolación y la ruina entre los

cristianos, pensó en recurrir a la poderosa intercesión de aquella a quien la santa Iglesia proclama tan terrible como un ejército ordenado a la batalla: *Terribilis ut castrorum aeies ordinata*. Por ello ordenó oraciones públicas para toda la cristiandad: apeló al rey Felipe II de España y al duque Manuel Filiberto.

El rey de España formó un poderoso ejército y se lo confió a un hermano menor conocido como D. Juan de Austria. El duque de Saboya envió de buena gana un selecto número de valerosos hombres, que se unieron al resto de las fuerzas italianas y fueron a reunirse con los españoles cerca de Mesina.

El enfrentamiento del ejército enemigo tuvo lugar cerca de la ciudad griega de Lepanto. Los cristianos atacaron ferozmente a los turcos; éstos opusieron una feroz resistencia. Cada navío giraba repentinamente en medio de torbellinos de llamas y humo y parecía vomitar rayos de los cien cañones con los que estaba armado. La muerte tomó todas las formas, los mástiles y las cuerdas de los barcos rotos por las balas cayeron sobre los combatientes y los aplastaron. Los gritos agónicos de los heridos se mezclaban con el estruendo de las olas y los cañones. En medio de la agitación comunal, Vernieri, jefe del ejército cristiano, advirtió que la confusión empezaba a apoderarse de las naves turcas. Inmediatamente puso en orden algunas galeras poco profundas llenas de diestros artilleros, rodeó las naves enemigas y a cañonazos las destrozó y las fulminó. En aquel momento, a medida que aumentaba la confusión entre los enemigos, surgió un gran entusiasmo entre los cristianos, y de todas partes se oía el grito de ¡Victoria! y la victoria estaba con ellos. Los barcos turcos huyen hacia tierra, los venecianos los persiguen y los destrozan; ya no es batalla, es matanza. El mar está sembrado de ropas, paños, barcos destrozados, sangre y cuerpos destrozados; treinta mil turcos han muerto; doscientas de sus galeras caen en poder de los cristianos.

La noticia de la victoria produjo una alegría universal en los países cristianos. El senado de Génova y

Venecia decretó que el 7 de octubre fuera un día solemne y festivo a perpetuidad, porque fue en este día del año 1571 cuando tuvo lugar la gran batalla. Entre las oraciones que el santo Pontífice había ordenado para el día de aquella gran batalla estaba el Rosario, y a la misma hora en que tuvo lugar aquel acontecimiento, él mismo lo recitó con una multitud de fieles reunidos con él. En aquel momento, la Santísima Virgen se le apareció y le reveló el triunfo de las naves cristianas, triunfo que San Pío V anunció rápidamente en Roma antes de que nadie más hubiera podido llevar la noticia. Entonces el santo Pontífice, en agradecimiento a María, a cuyo patrocinio atribuía la gloria de aquel día, ordenó que se añadiera a las letanías de Loreto la jaculatoria: *Maria Auxilium Christianorum, ora pro nobis*. María Auxiliadora, ruega por nosotros. El mismo Pontífice, para que el recuerdo de aquel prodigioso acontecimiento sea perpetuo, instituyó la Solemnidad del Santísimo Rosario, que se celebra cada año el primer domingo de octubre.

Capítulo X. La Liberación de Viena.

En el año 1683, los turcos, para vengar su derrota en Lepanto, hicieron planes para llevar sus armas a través del Danubio y del Rin, amenazando así a toda la Cristiandad. Con un ejército de doscientos mil hombres, avanzando a marchas forzadas, llegaron a sitiar las murallas de Viena. El Sumo Pontífice, que era entonces Inocencio XI, pensó en apelar a los príncipes cristianos, instándoles a acudir en ayuda de la Cristiandad amenazada. Pocos, sin embargo, respondieron a la invitación del Pontífice, por lo que éste, al igual que su predecesor Pío V, decidió ponerse bajo la protección de aquella a quien la Iglesia proclama *terribilis ut castrorum acies ordinata*. Rezó e invitó a los fieles de todo el mundo a rezar con él.

Entretanto se produjo una consternación general en Viena; el pueblo, temiendo caer en manos de los infieles, abandonó la ciudad y lo dejó todo. El emperador no tenía

fuerzas para oponerse y abandonó su capital. El príncipe Carlos de Lorena, que apenas había podido reunir a treinta mil alemanes, consiguió entrar en la ciudad para intentar de algún modo su defensa. Las aldeas vecinas fueron incendiadas. El 14 de agosto, los turcos abrieron sus trincheras desde la puerta principal y acamparon allí a pesar del fuego de los sitiados. Luego asediaron todas las murallas de la ciudad, incendiaron y quemaron varios edificios públicos y privados. Un caso doloroso aumentó el valor de los enemigos y disminuyó el de los sitiados.

Prendieron fuego a la Iglesia de los Escoceses, consumieron aquel soberbio edificio, y en su camino hacia el arsenal, donde se guardaba la pólvora y las municiones, estuvieron a punto de abrir la ciudad a los enemigos, si por una protección muy especial de la Santísima Virgen María, el día de su gloriosa Asunción, no se hubiera extinguido el fuego, dándoles así tiempo para salvar las municiones militares. Aquella sensible protección de la Madre de Dios reavivó el valor de los soldados y de los habitantes. El día veintidós del mismo mes, los turcos intentaron derribar más edificios lanzando un gran número de bolas y bombas, con las que hicieron mucho daño, pero no pudieron impedir que los habitantes suplicaran día y noche la ayuda del cielo en las iglesias, ni que los predicadores les exhortaran a poner toda su confianza, después de Dios, en Aquél que tantas veces les había prestado una poderosa ayuda. El 31, los sitiadores paralizaron las obras, y los soldados de ambos bandos lucharon cuerpo a cuerpo.

La ciudad era un montón de ruinas, cuando el día de la Natividad de María Virgen. los cristianos redoblaron sus oraciones y, como por milagro, recibieron aviso de un próximo socorro. En efecto, al día siguiente, segundo día de la octava de la Natividad, vieron la montaña, que se alza frente a la ciudad, toda cubierta de tropas. Fue Johanni Sobieschi, rey de Polonia, que estaba casi solo entre los príncipes cristianos, cediendo a la invitación del Pontífice, acudió con sus valientes hombres al rescate. Convencido de que con el escaso

número de sus soldados la victoria le sería imposible, recurrió también al que es formidable en medio de los ejércitos más ordenados y feroces. El 12 de septiembre fue a la iglesia con el príncipe Carlos, y allí oyeron la santa misa, que él mismo quiso servir, con los brazos extendidos en forma de cruz. Después de comulgar y recibir la santa bendición para él y su ejército, el príncipe se levantó y dijo en voz alta: "Soldados, por la gloria de Polonia, por la liberación de Viena, por la salud de toda la cristiandad, bajo la protección de María podemos marchar con seguridad contra nuestros enemigos y la victoria será nuestra".

El ejército cristiano descendió entonces de las montañas y avanzó hacia el campamento de los turcos, quienes, después de luchar durante algún tiempo, se retiraron al otro lado del Danubio con tal precipitación y confusión que dejaron en el campamento el estandarte otomano, unos cien mil hombres, la mayoría de sus tripulaciones, todas sus municiones de guerra y ciento ochenta piezas de artillería. Nunca hubo una victoria más gloriosa que costara tan poca sangre a los vencedores. Podían verse soldados cargados de botín entrando en la ciudad, conduciendo delante de ellos muchos rebaños de bueyes, que los enemigos habían abandonado.

El emperador Leopoldo, enterado de la derrota de los turcos, regresó a Viena aquel mismo día, hizo cantar un *Te Deum* con la mayor solemnidad, y luego, reconociendo que una victoria tan inesperada se debía enteramente a la protección de María, hizo llevar a la iglesia mayor el estandarte que había encontrado en la tienda del Gran Visir. El de Mahoma, más rico aún y que se alzaba en medio del campo, fue enviado a Roma y presentado al Papa. Este santo Pontífice, también íntimamente persuadido de que la gloria de aquel triunfo era toda debida a la gran Madre de Dios, y deseoso de perpetuar la memoria de aquel beneficio, ordenó que la fiesta del Santo Nombre de María, ya practicada desde hacía algún tiempo en algunos países, se celebrase en adelante en toda la Iglesia el domingo entre la octava de su Natividad.

Capítulo XI. Asociación de María Auxiliadora en Munich.

La victoria de Viena aumentó maravillosamente la devoción a María entre los fieles y dio origen a una piadosa sociedad de devotos bajo el título de Cofradía de María Auxiliadora. Un padre capuchino que predicaba con gran celo en la iglesia parroquial de San Pedro de Munich, con expresiones fervientes y conmovedoras exhortaba a los fieles a ponerse bajo la protección de María Auxiliadora y a implorar su patrocinio contra los turcos que amenazaban con invadir Baviera desde Viena. La devoción a la Santísima Virgen María Auxiliadora creció hasta tal punto que los fieles quisieron continuarla incluso después de la victoria de Viena, a pesar de que los enemigos ya se habían visto obligados a abandonar su ciudad. Fue entonces cuando se estableció una Cofradía bajo el título de María Auxiliadora para eternizar el recuerdo del gran favor obtenido de la Santísima Virgen.

El duque de Baviera, que había mandado una parte del ejército cristiano, mientras que el rey de Polonia y el duque de Lorena mandaban el resto de la milicia, para dar continuidad a lo que se había hecho en su capital, pidió al Sumo Pontífice, Inocencio XI, la erección de la Cofradía. El Papa accedió de buen grado y concedió la institución implorada con una bula fechada el 18 de agosto de 1684, enriqueciéndola con indulgencias. Así, el 8 de septiembre del año siguiente, mientras el príncipe asediaba la ciudad de Buda, la Cofradía fue establecida por su orden con gran solemnidad en la iglesia de San Pedro de Munich. Desde entonces, los hermanos de esa Asociación, unidos de corazón en el amor a Jesús y a María, se reunían en Munich y ofrecían oraciones y sacrificios a Dios para implorar su infinita misericordia. Gracias a la protección de la Santísima Virgen, esta Cofradía se difundió rápidamente, de modo que las más grandes personalidades estaban deseosas de inscribirse en ella para asegurarse la asistencia de esta gran Reina del Cielo en los peligros de la vida y, sobre todo, en el momento de la muerte. Emperadores, reyes, reinas, prelados, sacerdotes e infinidad de personas de

todas partes de Europa siguen considerando una gran fortuna estar inscritos en ella. Los Papas han concedido muchas indulgencias a los que están en esa Hermandad. Los sacerdotes agregados pueden agregar a otros. Se rezan miles de Misas y Rosarios en vida y después de la muerte por los que son miembros.

Capítulo XII. Conveniencia de la fiesta de María Auxiliadora.

Los hechos que hemos expuesto hasta ahora en honor de María Auxiliadora dejan claro cuánto le gusta a María ser invocada bajo este título. La Iglesia católica observó, examinó y aprobó todo, guiando ella misma las prácticas de los fieles, para que ni el tiempo ni la malicia de los hombres desvirtuaran el verdadero espíritu de la devoción.

Recordemos aquí lo que hemos dicho a menudo sobre las glorias de María como ayuda de los cristianos. En los libros sagrados está simbolizada en el arca de Noé, que salva del diluvio universal a los seguidores del Dios verdadero; en la escalera de Jacob, que se eleva hasta el cielo; en la zarza ardiente de Moisés; en el arca de la alianza; en la torre de David, que defiende contra todos los asaltos; en la rosa de Jericó; en la fuente sellada; en el jardín bien cultivado y vigilado de Salomón; está figurada en un acueducto de bendiciones; en el vellocino de Gedeón. En otros lugares se la llama la estrella de Jacob, bella como la luna, elegida como el sol, el iris de la paz; la pupila del ojo de Dios; la aurora portadora de consuelos, la Virgen y Madre y Madre de su Señor. Estos símbolos y expresiones que la Iglesia aplica a María ponen de manifiesto los designios providenciales de Dios, que quiso dárnosla a conocer antes de su nacimiento como primogénita entre todas las criaturas, excelentísima protectora, auxilio y sostén del género humano.

En el Nuevo Testamento, pues, cesan las figuras y las expresiones simbólicas; todo es realidad y cumplimiento del pasado. María es saludada por el arcángel Gabriel, que la llama llena de gracia; Dios admira la gran humildad de María y

la eleva a la dignidad de Madre del Verbo Eterno. Jesús, Dios inmenso, se convierte en hijo de María; por ella nace, por ella es educado, asistido. Y el Verbo Eterno hecho carne se somete en todo a la obediencia de su augusta Madre. A petición suya, Jesús realiza el primero de sus milagros en Caná de Galilea; en el Calvario es convertida de hecho en Madre común de los cristianos. Los Apóstoles la convierten en su guía y maestra de virtudes. Con ella se reúnen para orar en el cenáculo; con ella asisten a la oración, y al final reciben el Espíritu Santo. A los Apóstoles dirige sus últimas palabras y vuela gloriosa al Cielo.

Desde su más alto sitio de gloria se dirige diciendo: *Ego in altissimis habito ut ditem diligentes me et thesauros eorum repleam*. Habito en el más alto trono de gloria para enriquecer con bendiciones a los que me aman y colmar sus tesoros con favores celestiales. De ahí que, desde su Asunción a los cielos, comenzara el constante e ininterrumpido concurso de los cristianos a María, sin que jamás se oyera, dice San Bernardo, de nadie que confiadamente apelara a ella que no fuera escuchado. De ahí la razón por la que cada siglo, cada año, cada día y, podemos decir, cada momento está marcado en la historia por algún gran favor concedido a quienes la han invocado con fe. De ahí también la razón de que cada reino, cada ciudad, cada país, cada familia tenga una iglesia, una capilla, un altar, una imagen, un cuadro o algún signo que recuerde una gracia concedida a quienes recurrieron a Ella en las necesidades de la vida. Los gloriosos acontecimientos contra los nestorianos y contra los albigenses; las palabras que María dijo a St. Domingo en el momento en que recomendó la predicación del Rosario, que la misma Santísima Virgen denominó *magnum in Ecclesia praesidium*; la victoria de Lepanto, de Viena, de Buda, la Cofradía de Munich, la de Roma, la de Turín y otras muchas erigidas en diversos países de la Cristiandad, ponen suficientemente de manifiesto cuán antigua y extendida es la devoción a María Auxiliadora, cuánto le agrada este título y cuánto beneficio reporta a los pueblos cristianos. De modo que María pudo pronunciar con toda razón

las palabras que el Espíritu Santo puso en su boca: *In omni gente primatum habui*. Soy reconocida Señora entre todas las naciones.

Estos hechos, tan gloriosos para la Santísima Virgen, hacían desear la intervención expresa de la Iglesia para dar el límite y la forma en que María podía ser invocada bajo el título de Auxilio de los Cristianos, y la Iglesia ya había intervenido en cierto modo con la aprobación de las cofradías, oraciones y muchas prácticas piadosas a las que van unidas las santas indulgencias, y que en todo el mundo proclaman a *María Auxilium Christianorum*.

Todavía faltaba una cosa y era un día establecido del año para honrar el título de María Auxiliadora, es decir, un día de fiesta con un rito, una Misa y un Oficio aprobados por la Iglesia, y se fijó el día de esta solemnidad. Para que los Pontífices determinaran esta importante institución, fue necesario algún acontecimiento extraordinario, que no tardó en manifestarse a los hombres.

[\(continuación\)](#)

El sueño de los diez diamantes

Uno de los sueños más famosos de Don Bosco fue el llamado "Sueño de los Diez Diamantes", realizado en septiembre de 1881. Se trata de un sueño de advertencia que nunca perderá su valor, por lo que siempre será cierta la declaración que Don Bosco hizo a los superiores: "Los males amenazados se evitarán si predicamos sobre las virtudes y los vicios allí señalados". El P. Lemoyne nos lo cuenta en sus Memorias Biográficas (XV, 182-184).

Casi como para levantar el ánimo de Don Bosco, para que el peso de tantas pequeñas y grandes contrariedades no lo aplastara, el cielo, por decirlo así, se le abajaba de vez en cuando en forma de ilustraciones sobrenaturales, que lo confirmaban en la alentadora certeza de la misión que le había sido confiada desde lo alto. En el mes de septiembre, tuvo uno de sus sueños más importantes, que, presagiando el destino de la Congregación en un futuro próximo, le reveló sus grandiosos aumentos, pero al mismo tiempo le reveló los peligros que amenazaban con destruirla si no actuaba a tiempo. Las cosas que vio y oyó le impresionaron tanto que no se contentó con expresarlas verbalmente, sino que también las puso por escrito. El original se ha perdido; sin embargo, han llegado hasta nosotros numerosas copias, todas ellas asombrosamente concordantes.

*Spiritus Sancti gratia, illuminet sensus et corda nostra.
Amén.*

Para la formación de la Pía Sociedad Salesiana.

El 10 de septiembre del año en curso (1881), día en que la Iglesia consagra al glorioso Nombre de María, los Salesianos, reunidos en S. Benigno Canavese, celebraron sus Ejercicios Espirituales.

En la noche del 10 al 11, mientras dormía, mi mente se encontró en un gran salón espléndidamente adornado. Me parecía estar paseando con los Directores de nuestras Casas, cuando apareció entre nosotros un hombre de aspecto tan majestuoso que no pudimos soportar su vista. Dirigiéndonos una mirada sin hablar, se alejó unos pasos de nosotros. Iba vestido de la siguiente manera: un rico manto cubría su persona. La parte más cercana a su cuello era como una faja que se anudaba por delante, y una cinta colgaba sobre su pecho. En la cinta estaba escrito en letras brillantes: *Pia Salesianorum Societas anno 1881* (Sociedad Salesiana en el año 1881), y en la franja de esta cinta estaban escritas estas palabras: *Qualis esse debet* (Como debe ser). Diez diamantes de extraordinario tamaño

y esplendor eran los que impedían detener la mirada, salvo con gran dolor, sobre aquel Augusto Personaje. Tres de esos diamantes estaban en su pecho, y en uno estaba escrito *Fides* (Fe), en el otro *Spes* (Esperanza), y *Charitas* (Caridad) en el del corazón. El cuarto diamante estaba en el hombro derecho, y llevaba inscrito *Labor* (Trabajo); sobre el quinto, en el hombro izquierdo, estaba escrito *Temperantia* (Templanza). Los otros cinco diamantes adornaban la parte posterior del manto, y estaban dispuestos de la siguiente manera: uno más grande y folgórico se situaba en el centro, como el centro de un cuadrilátero, y llevaba la inscripción *Obedientia* (Obediencia). En el primero de la derecha se leía *Votum Paupertatis* (Voto de pobreza). En la segunda inferior *Praemium* (Premio). En el más a la izquierda estaba escrito *Votum Castitatis* (Voto de Castidad). El esplendor de éste desprendía una luz muy especial, y al mirarlo atraía y atraía la mirada como un imán atrae el hierro. En la segunda, abajo a la izquierda, estaba escrito *Ieiunium* (Ayuno). Las cuatro dirigían sus rayos luminosos hacia el diamante del centro. Estos rayos brillantes se elevaban como llamas y llevaban escritas varias frases aquí y allá.

Sobre la Fe se elevaba la palabra: *Sumite scutum Fidei, ut adversus insidias diaboli certare possitis* (Toma el escudo de la fe, para combatir las asechanzas del demonio). Otro rayo tenía: *Fides sine operibus mortua est. Non auditores, sed factores legis regnum Dei possidebunt* (La fe sin obras está muerta. No el que oye, sino el que practica la ley poseerá el reino de Dios).

Sobre los rayos de la Esperanza: *Sperate in Domino, non in hominibus. Semper vestra fixa sint corda, ubi vera sunt gaudia* (Espera en el Señor, no en los hombres. Que vuestros corazones estén siempre fijos donde están las verdaderas alegrías).

Sobre los rayos de la Caridad: *Alter alterius onera portate, si vultis adimplere legem meam. Diligite et diligemini. Sed diligite animas vestras et vestrorum. Devote divinum officium*

persolvatur; missa attente celebretur; Sanctum Sanctorum peramanter visitetur (Sobrellevad los unos las cargas de los otros, si queréis cumplir mi ley. Amad y seréis amados. Amad vuestras almas y las almas de los demás. Recitad devotamente el Oficio Divino, celebrad atentamente la Santa Misa, visitad con amor el Sancta Sanctorum).

Sobre la palabra Trabajo: *Remedium concupiscentiae, arma potens contra omnes insidias diaboli* (Remedio contra la concupiscencia, arma poderosa contra todas las tentaciones del demonio).

Sobre la templanza: *Si lignum tollis, ignis extinguitur. Pactum constitue cum oculis tuis, cum gula, cum somno, ne huiusmodi inimici depraedentur animas vestras. Intemperantia et castitas non possunt simul cohabitare* (Si quitas la leña, el fuego se apaga. Haced un pacto con vuestros ojos, con vuestra garganta y con vuestro sueño, para que tales enemigos no saqueen vuestras almas. La intemperancia y la castidad no pueden coexistir).

Sobre los rayos de la Obediencia: *Totius aedificii fundamentum, et sanctitatis compendium* (Es el fundamento y coronamiento del edificio de la santidad).

Sobre los rayos de la pobreza: *Ipsorum est Regnum coelorum. Divitiae spinae. Paupertas non verbis, sed corde et opere conficitur. Ipsa coeli ianuam aperiet et introibit* (El reino de los cielos es de los pobres. Las riquezas son espinas. La pobreza no se vive con palabras, sino con amor y obras. Nos abre las puertas del Cielo).

Sobre los rayos de la Castidad: *Omnes virtutes veniunt pariter cum illa. Qui mundo sunt corde, Dei arcana vident, et Deum ipsum videbunt.* (Todas las virtudes van de la mano con ella. Los puros de corazón ven los misterios de Dios y verán a Dios mismo).

Sobre los rayos del Premio: *Si delectat magnitudo praemiorum,*

non deterreat multitudo laborum. Qui mecum patitur, mecum gaudebit. Momentaneum est quod patimur in terra, aeternum est quod delectabit in coelo amicos meos (Si te atrae la magnitud de los Premios, no te asustes por la cantidad de trabajos. El que sufre Conmigo, Conmigo gozará. Momentáneo es lo que sufrimos en la tierra, eterno es lo que hará gozar a Mis amigos del Cielo).

Sui raggi del Ayuno: *Arma potentissima adversus insidias inimici. Omnium Virtutum Custos. Omne genus daemoniorum per ipsum eiicitur* (Es el arma más poderosa contra las insidias del demonio. El guardián de todas las virtudes. Con el ayuno se expulsa a toda clase de demonios).

Una ancha cinta de color rosa servía de dobladillo en la parte inferior del manto, y sobre esta cinta estaba escrito: *Argumentum praedicationis. Mane, meridie et vespere. Colligite fragmenta virtutum et magnum sanctitatis aedificium vobis constituetis. Vae vobis qui modica spernitis, paulatim decidetis.* (Tema de predicación. Por la mañana, a mediodía y por la tarde.

Atesora las pequeñas acciones virtuosas y construirás un gran edificio de santidad.

Ay de ti, que desprecias las cosas pequeñas. Poco a poco os arruinaréis.

Hasta entonces los directores estaban de pie y arrodillados, pero todos estaban asombrados y ninguno hablaba. En ese momento Don Rua, como fuera de sí, dice: Hay que tomar notas para no olvidar. Busca un bolígrafo y no lo encuentra; rebusca en su cartera, rebusca y no tiene un lápiz. Me acordaré, dijo don Durando. Anotaré, añadió don Fagnano, y empezó a escribir con el tallo de una rosa. Todos miraban y entendían lo que escribía. Cuando don Fagnano dejó de escribir, don Costamagna siguió dictando así: La caridad todo lo comprende, todo lo soporta, todo lo vence; prediquémosla de palabra y de obra.

Como escribió Don Fagnano, la luz desapareció y todos nos encontramos en una densa oscuridad. Silencio, dijo el P. Ghivarello, arrodillémonos, recemos, y vendrá la luz. El P. Lasagna comenzó el *Veni Creator*, luego el *De Profundis*, *Maria Auxilium Christianorum*, a los que todos respondimos. Cuando se dijo: *Ora pro nobis*, reapareció una luz, rodeando un cartel que decía: *Pia Salesianorum Societas qualis esse periclitatur anno salutis 1900*. (La Pía Sociedad Salesiana qué peligro corre de convertirse en el año 1900). Un momento después la luz se hizo más clara para que pudiéramos vernos y conocernos. En medio de aquello, apareció de nuevo el Personaje de antes, pero con un aspecto melancólico similar al de quien se echa a llorar. Su pelaje se había descolorido, apolillado y deshilachado. En el lugar donde estaban fijados los diamantes, había una profunda descomposición causada por la carcoma y otros pequeños insectos.

Respicite (mira) dijo, et *intelligite* (entiende). Vi que los diez diamantes se habían convertido en otras tantas carcomas que roían rabiosamente el manto.

Por tanto, el diamante de Fides estaba subtendido por: *Somnus et accidia* (Sueño y pereza).

In *Spes: Risus et scurrilitas* (Risas y lugares comunes sucios).

A *Charitas: Negligentia in divinis perficiendis. Amant et quaerunt quae sua sunt, non quae Iesu Christi*. (Negligencia en entregarse a las cosas de Dios. Aman y buscan lo que es de su agrado, no las cosas de Jesucristo).

In *Temperantia: Gula, et quorum Deus venter est* (Garganta: su dios es el vientre).

En *Labor: Somnus, furtum, et otiositas* (Sueño, robo y ociosidad).

En lugar de la *Obedientia* no había más que una amplia y profunda falta sin escritura.

In *Castitas: Concupiscentia oculorum et superbia vitae* (Concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida).

A la pobreza le sucedió: *Lectus, habitus, potus et pecunia* (Cama, ropa, bebida y dinero).

A *Praemium: Pars nostra erunt quae sunt super terram* (Nuestra herencia serán los bienes de la tierra).

En *Ieiunium* hubo una avería, pero nada escrito.

Al ver aquello, todos nos asustamos. Don Lasagna cayó inconsciente, Don Cagliero se puso pálido como una camisa, y reclinándose en una silla gritó: ¿Es posible que las cosas estén ya en este punto? Don Lazzero y Don Guidazio se quedaron como fuera de sí, y se cogieron de las manos para no caerse. Don Francesia, el conde Cays, don Barberis y don Leveratto rezaban arrodillados con las cuentas del rosario en las manos. En ese momento se oye una voz sombría: *iQuomodo mutatus est color optimus!* (¡Cómo ha desaparecido ese espléndido color!)

Pero en la oscuridad ocurrió un fenómeno singular. En un instante nos vimos envueltos en una densa oscuridad, en medio de la cual apareció rápidamente una luz muy brillante, que tenía la forma de un cuerpo humano. No podíamos mantener la vista en él, pero pudimos ver que se trataba de un apuesto joven vestido con una túnica blanca labrada con hilos de oro y plata. Alrededor del vestido había un dobladillo de brillantes diamantes. Con un aspecto majestuoso, pero dulce y amable, avanzó hacia nosotros, y se dirigió a nosotros con estas palabras:

Servi et instrumenta Dei Omnipotentis, attendite et intelligite. Confortamini et estote robusti. Quod vidistis et audistis, est coelestis admonitio, quae nunc vobis et fratribus vestris facta est; animadvertite et intelligite sermonem. Iaculo, praevisa minus feriunt, et praeveniri possunt. Quot sunt verbo signata, tot sint argumenta praedicationis. Indesinenter praedicate opportune et importune. Sed quae praedicatis, constanter facite, adeo ut opera vestra sint velut lux, quae sicuti tuta traditio ad fratres et filios vestros pertranseat de generatione in generationem. Attendite et intelligite. Estate oculati in tironibus acceptandis, fortes in colendis, prudentes in admittendis. Omnes probate, sed tantum quod bonum est tenete. Leves et mobiles dimittite. Attendite et intelligite.

Meditatio matutina et vespertina sit indesinenter de observantia constitutionum. Si id feceritis, numquam vobis deficiet Omnipotentis auxilium. Spectaculum facti eritis mundo et Angelis, et tunc gloria vestra erit gloria Dei. Qui videbunt saeculum hoc exiens et alterum incipiens, ipsi dicent de vobis: A Domino factum est istud et est mirabile in oculis nostris. Tunc omnes fratres vestri et filii vestri una voce cantabunt: Non nobis, Domine, non nobis; sed Nomini tuo da gloriam.

(Siervos e instrumentos de Dios Todopoderoso, escuchad y entended. Sed fuertes y animados. Lo que habéis visto y oído es una advertencia del Cielo, enviada ahora a vosotros y a vuestros hermanos; prestad atención y entended bien lo que se os dice. Los golpes previstos hacen menos daño y pueden evitarse. Que las palabras indicadas sean otros tantos temas de predicación. Predicad sin cesar, a tiempo y fuera de tiempo. Pero las cosas que prediques, hazlas siempre, para que tus obras sean como una luz, que en forma de tradición segura irradia sobre tus hermanos e hijos de generación en generación. Escucha bien y comprende. Sé prudente al aceptar a los novicios, fuerte al cultivarlos, prudente al admitirlos [a la profesión]. Pruébalos a todos, pero quédate sólo con los buenos. Despide a los ligeros de corazón e inconstantes. Escucha bien y comprende. Que la meditación matutina y vespertina sean de constante y regular observancia. Si haces esto, la ayuda del Todopoderoso nunca te fallará. Te convertirás en un espectáculo para el mundo y para los Ángeles, y entonces tu gloria será la gloria de Dios. Los que verán el fin de este siglo y el comienzo del siguiente dirán de ti: Por el Señor se ha hecho esto, y es admirable a nuestros ojos. Entonces todos tus hermanos e hijos cantarán: No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu Nombre da gloria).

Estas últimas palabras fueron cantadas, y a la voz del orador se unió una multitud de otras voces tan armoniosas, tan

sonoras, que permanecemos inconscientes y para no caer inconscientes nos unimos a los demás en el canto. En el momento en que terminó el canto, la luz se oscureció. Entonces me desperté y me di cuenta de que estaba amaneciendo.

Pro memoria. Este sueño duró casi toda la noche, y por la mañana me encontré agotado de fuerzas. Sin embargo, por miedo a olvidarlo, me levanté apresuradamente y tomé algunas notas, que me sirvieron de recordatorio para recordar lo que aquí he expuesto el día de la Presentación de María Santísima en el Templo.

No me fue posible recordarlo todo. Entre muchas cosas, pude constatar con seguridad que el Señor nos muestra una gran misericordia.

Nuestra Sociedad está bendecida por el Cielo, pero Él quiere que hagamos nuestro trabajo. Los males amenazados serán prevenidos, si predicamos sobre las virtudes y sobre los vicios señalados en ella; si lo que predicamos, lo practicamos, lo transmitimos a nuestros hermanos con mi tradición práctica de lo que se ha hecho y se hará.

También pude ver que hay muchas espinas, muchos trabajos inminentes, a los que seguirán grandes consuelos. Hacia 1890 gran temor, hacia 1895 gran triunfo.

Maria Auxilium Christianorum ora pro nobis (María Auxiliadora, ruega por nosotros).

El P. Rua puso inmediatamente en práctica la admonición del Personaje, de que las cosas reveladas debían ser objeto de predicación; pues dio una serie de conferencias a los Hermanos del Oratorio, en las que comentó minuciosamente las dos partes del sueño. El tiempo al que Don Bosco se refería a la doble eventualidad de triunfos o derrotas, correspondía en la Congregación a lo que en la vida humana es el comienzo de la adolescencia, momento delicado y peligroso, del que depende la mayor parte del futuro. En el último decenio del siglo pasado, la multiplicación de casas y asociados y la extensión de la

obra salesiana en tantas naciones diferentes pudieron dar lugar, sin duda, a algunas de esas desviaciones de la línea recta que, si no se detienen con prontitud, conducen cada vez más lejos del camino principal. Pero cuando Don Bosco falleció, la Providencia había encontrado en su sucesor la mente iluminada y la voluntad enérgica que se requerían para esa fase crítica. Don Rua, de quien bien podría decirse que era la viva personificación de todo lo bueno y bello representado en la primera parte del sueño, fue en efecto un escucha vigilante y un líder infatigable y con autoridad a la hora de disciplinar y guiar a las nuevas filas por el camino legítimo.

El alcance del sueño no tiene límite de tiempo. Don Bosco dio la alarma para un momento especial que seguiría a su muerte; pero el *qualis esse debet* (Como debe ser) y el *qualis esse periclitatur* (qué peligro corre) contienen **una admonición que nunca perderá nada de su valor, de modo que siempre será cierta la declaración hecha por Don Bosco a sus Superiores: "Los males amenazados se evitarán si predicamos sobre las virtudes y los vicios allí señalados"**.

Maravillas de la Madre de Dios invocadas bajo el título de María Auxiliadora (5/13)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

Capítulo VII. María favorece a los que trabajan por la fe; mientras que Dios castiga a los que ultrajan a la Santísima Virgen.

Hubo un tiempo en que los emperadores de Constantinopla llevaron a cabo una violenta persecución contra los católicos por venerar las imágenes sagradas. Entre ellos estaba León el Isaurio. Con el fin de abolir por completo el culto, mataba y encarcelaba a todo aquel que fuera denunciado por venerar imágenes o reliquias de santos y, especialmente, de la Santísima Virgen. Para engañar al pueblo sencillo, convocó a algunos obispos y abades y, a fuerza de dinero y promesas, les indujo a establecer que no debían venerarse las imágenes de Jesús crucificado, ni de la Virgen, ni de los Santos.

Pero en aquellos tiempos vivía el docto y célebre San Juan Damasceno. Para combatir a los herejes y también para dar un antídoto en manos de los católicos, Juan escribió tres libros en los que defendía el culto a las santas imágenes. Los iconoclastas (como se llamaba a aquellos herejes que despreciaban las imágenes sagradas) se sintieron muy ofendidos por estos escritos, por lo que le acusaron de traición al príncipe. Dijeron que había enviado cartas firmadas de su puño y letra para romper la alianza que mantenía con príncipes extranjeros, y que con sus escritos perturbaba la tranquilidad pública. El crédulo emperador empezó a sospechar del santo y, aunque era inocente, lo condenó a que le cortaran la mano derecha.

Pero esta traición tuvo un desenlace mucho más feliz de lo que él esperaba, pues la Santísima Virgen quiso recompensar a su siervo por su celo hacia Ella.

Al caer la tarde, San Juan se postró ante la imagen de la Madre de Dios, y suspirando oró durante casi toda la noche y dijo: Oh Virgen Santísima, por mi celo por ti y por las santas imágenes me cortaron la mano derecha, ven, pues, en mi ayuda y permíteme seguir escribiendo tus alabanzas y las de tu hijo Jesús. Diciendo esto, se durmió.

En sueños vio la imagen de la madre de Dios que le miraba feliz y le decía: He aquí que tu mano está curada. Levántate, pues, y escribe mis glorias. Cuando se despertó,

encontró realmente su mano curada unida a su brazo.

Cuando se difundió la noticia de tan gran milagro, todos alabaron y glorificaron a la Santísima Virgen, que tanto recompensa. Virgen que tan ricamente recompensa a sus devotos que sufren por la fe. Pero algunos enemigos de Cristo quisieron afirmar que la mano no le había sido cortada a él, sino a uno de sus servidores, y dijeron: "¿No veis que Juan está en su casa cantando y divirtiéndose como si estuviera celebrando una fiesta de bodas? Así que Juan fue detenido de nuevo y llevado ante el príncipe. Pero he aquí un nuevo prodigio. Mostrando su mano derecha, se veía en ella una línea brillante, que demostraba que la amputación era cierta.

Asombrado por este prodigio, el príncipe le preguntó qué médico le había devuelto la salud y qué medicina había utilizado. Entonces narró en voz alta el milagro. Es mi Dios -dijo-, el médico todopoderoso que me ha devuelto la salud. El príncipe mostró entonces arrepentimiento por el mal que había hecho, y quiso elevarle a grandes dignidades. Pero el Damasceno, reacio a las grandezas humanas, amaba más la vida privada, y mientras vivió, empleó su genio en escribir y publicar sobre el poder de la augusta Madre del Salvador (véase Juan Patriarca de Jer. Baronio en el año 727).

Si Dios concede a menudo gracias extraordinarias a quienes promueven las glorias de su augusta Madre, no pocas veces castiga terriblemente incluso en la vida presente a quienes la desprecian a Ella o a sus imágenes.

Constantino V Coprónimo, hijo de León el Isaurio, ascendió al trono de su padre en tiempos del sumo pontífice San Zacarías (741-75). Siguiendo las impiedades de su padre, prohibió invocar a los santos, honrar las reliquias e implorar su intercesión. Profanó iglesias, destruyó monasterios, persiguió y encarceló monjes, e invocó con sacrificios nocturnos la ayuda de los propios demonios. Pero su odio se dirigía especialmente contra la Santa Virgen. Para confirmar lo que decía, solía llevar en la mano una bolsa llena de monedas de oro, y la mostraba a los que le rodeaban, diciendo: ¿Cuánto vale esta bolsa? Mucho, dijeron. Tirando el oro,

volvió a preguntar cuánto valía la bolsa. Cuando le respondieron que no valía nada, tan pronto retomaba aquel impío, así es de la Madre de Dios; por aquel tiempo, que llevó a Cristo en su seno, era muy honrada, pero desde el punto en que dio a luz nada difiere de las demás mujeres.

Estas enormes blasfemias merecieron ciertamente un castigo ejemplar que Dios no tardó en enviar al impío blasfemo.

Constantino V Coprónimo fue castigado con vergonzosas dolencias, con úlceras que se convirtieron en pústulas ardientes, que le hacían lanzar agudos gritos, mientras una fiebre ardiente le devoraba. Así, jadeando y gritando como si se estuviera quemando vivo, exhaló su último aliento.

El hijo siguió los pasos de su padre. Le gustaban mucho las gemas y los diamantes, y al ver las numerosas y hermosas coronas que el emperador Mauricio había dedicado a la Madre de Dios para adornar la iglesia de Santa Sofía en Constantinopla, hizo que se las quitaran y se las pusieran en la cabeza y la llevó a su propio palacio. Pero en el mismo instante su frente se cubrió de carbuncos pestíferos, que aquel mismo día llevaron a la muerte a quien se atrevió a meter su mano sacrílega contra el ornamento de la cabeza virginal de María (véase Teófanos y Nicéforo contemporáneos. Baronio anales eclesiásticos. 767).

Capítulo VIII. María protectora de los ejércitos que luchaban por la fe.

Mencionemos ahora brevemente algunos hechos relativos a la protección especial que la santa Virgen ha dispensado constantemente a los ejércitos que luchan por la fe.

El emperador Justiniano recuperó Italia, que había estado oprimida por los godos durante sesenta años. Narses, su general, fue advertido por María cuando debía tomar el campo de batalla y nunca tomó las armas sin sus asentimientos.

(*Procopio, Evagrio, Nicéforo y Pablo Diácono. Baronio al año 553*).

El emperador Heraclio obtuvo una gloriosa victoria contra los persas y se apoderó de su rico botín, informando del próspero resultado de sus armas a la Madre de Dios a quien se había encomendado. (*Inst. griega art. 626*).

El mismo emperador triunfó de nuevo sobre los persas al año siguiente. Un espantoso granizo lanzado sobre el campamento de los enemigos los derrotó y los puso en fuga. (*Ist. Graeca*).

La ciudad de Constantinopla volvió a ser liberada de los persas de la manera más prodigiosa. Mientras duraba el asedio, los bárbaros vieron salir de la puerta de la ciudad al amanecer a una noble matrona escoltada por un séquito de eunucos. Creyendo que era la esposa del emperador que se dirigía a su marido para pedirle la paz, la dejaron pasar. Cuando la vieron dirigirse al emperador, la siguieron hasta un lugar llamado la Piedra Vieja, donde desapareció de su vista. Entonces se produjo un tumulto entre ellos, lucharon entre sí, y tan terrible fue la matanza que su general se vio obligado a levantar el sitio. Se cree que aquella matrona era la Santísima Virgen. (Baronio).

La imagen de María llevada en procesión alrededor de las murallas de Constantinopla liberó a esta ciudad de los moros que la tenían sitiada desde hacía tres años. Ya el jefe enemigo, desesperado de la victoria, suplicó que se le permitiera entrar y ver la ciudad, prometiendo no atreverse a ninguna violencia. Aunque sus soldados entraron sin dificultad, cuando su caballo llegó a la puerta conocida como el Bósforo, no hubo forma de hacerlo avanzar. Entonces el bárbaro levantó la vista y vio en la puerta la imagen de la Virgen que había blasfemado poco antes. Entonces dio media vuelta y tomó el camino hacia el mar Egeo, donde naufragó. (Baronio año 718).

Ese mismo año, los sarracenos se levantaron en armas contra Pelagio, Príncipe de los Astures. Este piadoso general recurrió a María y los dardos y rayos que le lanzaron

se volvieron contra los enemigos de la fe. Veinte mil sarracenos fueron aniquilados y sesenta mil perecieron sumergidos en las aguas. Pelagio y los suyos se habían refugiado en una cueva. Agradecido a María por la victoria obtenida, construyó en la cueva un templo a la Santísima Virgen. (Baronio).

Andrés, general del emperador Basilio de Constantinopla, derrotó a los sarracenos en el año 867. En este conflicto, el enemigo había insultado a María escribiendo a Andrés: Ahora veré si el hijo de María y su madre pueden salvarte de mis armas. El piadoso general tomó el insolente escrito, lo colgó en la imagen de María diciendo: Mira, oh Madre de Dios: mira, oh Jesús, qué insolencia pronuncia este arrogante bárbaro contra tu pueblo. Habiendo hecho esto, monta su arco, desafiando al combate, comienza una sangrienta masacre de todos sus enemigos. (Curopalate ann. 867).

En el año 1185, el Sumo Pontífice Urbano II puso las armas de los cruzados bajo los auspicios de María, y Goffredo Buglione al frente del ejército católico liberó los santos lugares del dominio de los infieles.

Alfonso VIII, rey de Castilla, consiguió una gloriosa victoria sobre los moros llevando en sus estandartes la imagen de María en el campo de batalla. Doscientos mil moros permanecieron en el campo. Para perpetuar el recuerdo de este acontecimiento, España celebraba cada año, el 16 de julio, la fiesta de la Santa Cruz. El estandarte en el que estaba impresa la imagen de María, que había triunfado sobre los enemigos, se conserva aún en la iglesia de Toledo. (Ant. de Balimghera).

Alfonso IX, rey de España, también derrotó a doscientos mil sarracenos con la ayuda de María (el mismo día de 21 de junio).

Jaime I, rey de Aragón, arrancó a los moros tres reinos muy nobles y derrotó a diez mil de los suyos. En agradecimiento por esta victoria, erigió varios templos a María. (el mismo día de 21 de julio).

Los Carnotesi, asediados en su ciudad por una

banda de corsarios, desplegaron en un asta, a modo de estandarte, una parte del manto de María que Carlos Calvo había traído de Constantinopla. Los bárbaros, tras lanzar sus dardos contra esta reliquia, quedaron repentinamente cegados y ya no pudieron escapar. Los devotos carnotenses tomaron las armas y los masacraron.

Carlos VII, rey de Francia, acorralado por los ingleses, recurrió a María, y no sólo pudo derrotarlos en varias batallas, sino que liberó a una ciudad del asedio y sometió a muchas otras a su dominio. (Lo mismo el 22 de julio).

Felipe el Hermoso Rey de Francia sorprendido por sus enemigos y abandonado por los suyos recurrió a María y se encontró rodeado de una prodigiosa hueste de guerreros dispuestos a luchar en su defensa. En poco tiempo treinta y seis mil enemigos son derrotados, los demás se rinden como prisioneros o huyen. Agradecido por tal triunfo a María, le erigió un templo y allí colgó todas las armas que había utilizado en aquel conflicto. (el mismo 27 de agosto).

Felipe Valesio, rey de Francia, derrotó a veinte mil enemigos con un puñado de hombres. Volviendo triunfante ese mismo día a París, se dirigió directamente a la catedral dedicada a la Virgen María. Allí ofreció su caballo y sus armas reales a su generosa Auxiliadora. (el mismo 23 de agosto.).

Juan Zemisca, emperador de los griegos, derrotó a los búlgaros, rusos, escitas y otros bárbaros, que sumaban trescientos treinta mil y amenazaban el imperio de Constantinopla. La Santísima Virgen envió allí al mártir San Teodoro, que apareció montado en un caballo blanco y rompió las filas enemigas; con lo cual Zemisca construyó un templo en honor de San Teodoro e hizo llevar en triunfo la imagen de María. (Curopalatino).

Juan Comneno, ayudado por la protección de María, derrotó a una horda de escitas y, en recuerdo del acontecimiento, ordenó una fiesta pública en la que la imagen de la Madre de Dios fue llevada triunfalmente en un carro

acolchado de plata y gemas preciosas. Cuatro caballos muy blancos conducidos por los príncipes y parientes del emperador tiraban del carro; el emperador caminaba a pie llevando la cruz. (Niceta en sus Anales).

Los ciudadanos de Ipri, asediados por los ingleses y reducidos al extremo, recurrieron con lágrimas a la ayuda de la Madre de Dios, y María apareció visiblemente para consolarlos y poner en fuga a los enemigos. El acontecimiento tuvo lugar en 1383 y el pueblo de Chipre celebra cada año el recuerdo de su liberación con una fiesta religiosa el primer domingo de agosto. (Maffeo lib. 18, *Cronaca Univers.*).

Simón conde de Monforte con ochocientos jinetes y mil infantes derrotó a cien mil albigenses cerca de Tolosa. (Anales de Bzovio año 1213).

Vladislao, rey de Polonia, puso sus armas bajo la protección de la Virgen María, derrotó a cincuenta mil teutones y llevó sus restos como trofeo a la tumba del mártir San Estanislao. Martin Cromerus en su historia de Polonia dice que este santo mártir fue visto, mientras duró la batalla, vestido con ropas pontificias en el acto de animar a los polacos y amenazar a sus enemigos. Se cree que este santo obispo fue enviado por la Virgen para ayudar a los polacos, que se habían encomendado a María antes de la batalla.

En el año 1546, los portugueses asediados por Mamudio, rey de las Indias, invocaron la ayuda de María. El enemigo contó más de sesenta mil hombres muertos en la guerra. El asedio duraba ya siete meses y estaba a punto de rendirse, cuando una repentina consternación invadió a los enemigos. Una noble matrona, rodeada de un esplendor celestial, apareció sobre una pequeña iglesia de la ciudad y brilló con tal luz sobre los indios que éstos ya no pudieron distinguir a unos de otros y huyeron a toda prisa. (Maffeo lib. 3 Hist. de las Indias).

En el año 1480, mientras los turcos luchaban contra la ciudad de Rodas, ya habían conseguido plantar sus estandartes en las murallas, cuando apareció la Santísima Virgen armada con un escudo y una lanza, con el precursor San

Juan Bautista y una hueste de guerreros celestiales armados. Entonces los enemigos se liberaron y se masacraron unos a otros. (Santiago Bosso *Santo de los Caballeros de Rodas*).

Maximiliano, duque de Baviera, redujo a una horda de herejes rebeldes austriacos y bohemios. En el estandarte de su ejército, hizo inscribir la efigie de la Virgen María con las palabras: Da mihi virtutem contra hostes tuos. Dame fuerza contra tus enemigos. (Jeremías Danelio. *Trimegisti cristiani* lib. 2 cap. 4, § 4).

Arturo, rey de Inglaterra, al llevar la imagen de María en su escudo se hizo invulnerable en la batalla; y el príncipe Eugenio con nuestro duque Víctor Amadeo, que la llevaban en el escudo y en el pecho, con un puñado de hombres valerosos derrotaron al ejército francés de 80.000 hombres bajo Turín. La majestuosa Basílica de Superga fue erigida por el citado Duque, entonces Rey Víctor Amadeo, en señal de gratitud por esta victoria.

[\(continuación\)](#)

¿Cuáles son los requisitos para entrar en la Sociedad Salesiana?

En varias partes del mundo se acerca el momento en que algunos jóvenes, atraídos por la gracia de Dios, se disponen a decir su "Fiat" en el seguimiento de Cristo, según el carisma que Dios ha instituido a través de San Juan Bosco. ¿Cuáles serían las disposiciones con las que deberían afrontar el ingreso en la Sociedad Salesiana de San Juan Bosco? El propio santo lo dice en una carta dirigida a sus hijos (MB VIII, 828-830).

El día de Pentecostés Don Bosco dirigió una carta a todos los Salesianos, tratando del propósito con el que debían entrar en la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, y anunciaba que quizá dentro de poco sería aprobada definitivamente. Entre los documentos que poseemos no hay rastro de tal promesa. Sin embargo, dado que su autógrafo lleva la fecha del 24 de mayo, fiesta de María Auxiliadora de 1867, parece que la festividad le había dado la inspiración para escribir y le mostraba una visión más vívida del futuro. En cualquier caso, hizo varias copias, luego cambió él mismo la fecha y escribió de su puño y letra la dirección a don Bonetti y a mis hijos de San Francisco de Sales que viven en Mirabello; al Padre Lemoyne y a mis hijos de San Francisco de Sales que viven en Lanzo. También estaba su firma y la inscripción: El Director lea y explique donde sea necesario.

He aquí la copia destinada a los Salesianos del Oratorio.

“A Don Rua y a los demás amados hijos de San Francisco que viven en Turín.

Nuestra Sociedad será tal vez pronto aprobada definitivamente y, por tanto, necesitaría hablar con frecuencia con mis queridos hijos. Como no siempre puedo hacerlo en persona, al menos intentaré hacerlo por carta.

Comenzaré, por tanto, diciendo unas palabras sobre el objetivo general de la Sociedad y luego pasaremos a hablar de sus observancias particulares.

El primer objetivo de nuestra Sociedad es la santificación de sus miembros. Por tanto, al entrar en ella, cada uno debe despojarse de cualquier otro pensamiento, de cualquier otra preocupación. Quien quisiera entrar en ella para gozar de una vida tranquila, para tener comodidad en la prosecución de sus estudios, para librarse de los mandatos de sus padres o para eximirse de la obediencia de algún superior, tendría un fin torcido y ya no sería aquel seguimiento del

Salvador, puesto que seguiría su propia utilidad temporal, no el bien del alma. Los Apóstoles fueron alabados por el Salvador y se les prometió un reino eterno, no porque abandonaran el mundo, sino porque al abandonarlo se declararon dispuestos a seguirle en la tribulación; como en efecto hicieron, consumando sus vidas en trabajos, penitencias y aflicciones, sufriendo finalmente el martirio por la fe.

Ni siquiera con buen propósito entra o permanece en la Sociedad quien está persuadido de que es necesario para ella. Que cada uno grabe bien esto en su mente y en su corazón: **empezando por el Superior General hasta el último de los miembros, nadie es necesario en la Sociedad.** Sólo Dios debe ser su cabeza, su maestro absolutamente necesario. Por tanto, los miembros de la Sociedad deben dirigirse a su jefe, a su verdadero maestro, al recompensador, a Dios, y por Él cada uno debe inscribirse en la Sociedad, por Él trabajar, obedecer, abandonar todo lo que se poseía en el mundo para poder decir al final de la vida al Salvador, a quien hemos elegido como modelo: *Ecce nos reliquimus omnia et secuti sumus te; quid ergo erit nobis? (Ya ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué nos va a tocar? Mt. 19,29).*

Si decimos entonces que **cada uno debe entrar en la Sociedad guiado por el único deseo de servir más perfectamente a Dios y de hacer el bien a sí mismo**, se entiende de hacer a sí mis el verdadero bien, el bien espiritual y eterno. Los que buscan una vida cómoda, una vida confortable, no entran en nuestra Sociedad con buen propósito. Tomamos como base la palabra del Salvador que dice: "El que quiera ser mi discípulo, que vaya, venda lo que tiene en el mundo, lo dé a los pobres y me siga". Pero ¿adónde ir, adónde seguirle, si no tenía ni un palmo de tierra donde apoyar su cansada cabeza? "Quien quiera ser mi discípulo", dice el Salvador, "sígueme con la oración, con la penitencia y, sobre todo, niéguese a sí mismo, tome la cruz de la tribulación diaria y sígame". *Abneget semetipsum tollat crucem suam quotidie, et sequatur*

me" (Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga. Lc. 9,23). Pero ¿hasta cuándo seguirle? Hasta la muerte y, si es necesario, incluso una muerte de cruz.

Esto es lo que hace en nuestra Sociedad quien agota sus fuerzas en el ministerio sagrado, en la enseñanza o en otro ejercicio sacerdotal, hasta una muerte violenta de prisión, de destierro, de hierro, de agua, de fuego, hasta el momento en que, después de haber sufrido y muerto con Jesucristo en la tierra, pueda ir a gozar de Él en el Cielo.

Este me parece el sentido de aquellas palabras de San Pablo que dice a todos los cristianos: *Qui vult gaudere cum Christo, oportet pati cum Christo* (El que quiera regocijarse con Cristo debe sufrir con Cristo).

Cuando un miembro entra con estas buenas disposiciones, debe mostrarse sin pretensiones y acoger cualquier oficio que se le confíe. La enseñanza, el estudio, el trabajo, la predicación, la confesión en la iglesia, fuera de ella, las ocupaciones más bajas deben ser asumidas con alegría y prontitud de ánimo, porque Dios no se fija en la calidad del empleo, sino en el propósito de quien lo cubre. Por tanto, todos los oficios son igualmente nobles, porque son igualmente meritorios a los ojos de Dios.

Mis queridos hijos, tened confianza en vuestros superiores: ellos deben rendir estricta cuenta de vuestras obras a Dios; por eso estudian vuestra capacidad, vuestras inclinaciones y disponen de ellas de manera compatible con vuestras fuerzas, pero siempre según parezca que revierten en mayor gloria de Dios y provecho de las almas.

¡Oh! si nuestros hermanos entran en la Sociedad con estas disposiciones, nuestras Casas se convertirán ciertamente en un paraíso terrenal. La paz y la concordia reinarán entre los individuos de cada familia, y la caridad

será el vestido cotidiano de los que mandan, la obediencia y el respeto precederán los pasos, las obras e incluso los pensamientos de los Superiores. En resumen, se tendrá una familia de hermanos en torno a su padre, para promover la gloria de Dios por encima de la tierra, para salir un día a amarle y alabarle en la inmensa gloria de los bienaventurados del Cielo. Que Dios te colme de bendiciones a ti y a tus trabajos, y que la Gracia del Señor santifique tus acciones y te ayude a perseverar en el bien.

Turín, 9 de junio de 1867, día de Pentecostés.

Aff.mo in G. C., Sac. Bosco GIOVANNI».

Maravillas de la Madre de Dios invocadas bajo el título de María Auxiliadora (4/13)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

Capítulo V. Devoción de los primeros cristianos a la Santísima Virgen María.

Los mismos fieles de la Iglesia primitiva recurrían constantemente a María como poderosa auxiliadora de los cristianos. Prueba de ello es la conmoción general causada por la noticia de su inminente partida del mundo.

No sólo los que estaban en Jerusalén, sino también los fieles que aún se encontraban en los alrededores de la ciudad, se agolpaban en torno a la pobre casa de María, anhelando contemplar una vez más aquel rostro bendito. Conmovida al verse rodeada de tantos hijos que le mostraban con lágrimas el amor que le profesaban y la pena que sentían por tener que separarse de ella, les hizo la más cálida de las

promesas: que les asistiría desde el cielo, que en el cielo, a la diestra de su divino Hijo, tendría mayor poder y autoridad y haría todo lo posible por el bien de la humanidad. He aquí cómo San Juan Damasceno relata este maravilloso acontecimiento:

En el tiempo de la gloriosa Dormición de la Santísima Virgen, todos los santos Apóstoles, que recorrían el orbe de la tierra para la salvación de las naciones, fueron en un momento transportados a Jerusalén. Allí se les apareció una visión de ángeles y se oyó una dulce armonía de potencias celestiales, y así María, rodeada de gloria divina, entregó su santa alma en las manos de Dios. Luego su cuerpo transportado con el canto de los Ángeles y Apóstoles, fue colocado en un ataúd y llevado a Getsemaní, en cuyo lugar se escuchó el canto de los Ángeles durante tres días continuos. Después de tres días cesó el canto angélico. Santo Tomás, que no había estado con los demás Apóstoles a la muerte de María, llegó al tercer día, y habiendo manifestado el más ferviente deseo de venerar aquel cuerpo que había sido morada de un Dios, los Apóstoles que aún estaban allí abrieron el sepulcro, pero en ninguna parte pudieron encontrar el sagrado cuerpo de ella. Pero habiendo encontrado los paños en que había sido envuelta, que exhalaban un olor dulcísimo, cerraron el sepulcro. Quedaron muy asombrados por este milagro y sólo pudieron concluir que Aquel que había querido tomar carne de la Virgen María, hacerse hombre y nacer, aunque era Dios, el Verbo y el Señor de la gloria, y que después del nacimiento conservó intacta su virginidad, quiso también que su cuerpo immaculado después de la muerte, conservándolo incorrupto, fuera honrado transportándolo al cielo antes de la resurrección común y universal (San Juan Damasceno).

Una experiencia de dieciocho siglos nos muestra del modo más luminoso que María continuó desde el cielo y con el mayor éxito la misión de madre de la Iglesia y auxiliadora de los cristianos que había comenzado en la tierra. Las innumerables gracias obtenidas después de su muerte hicieron que su culto se difundiera con la mayor rapidez, de modo que,

incluso en aquellos primeros tiempos de persecución, allí donde aparecía el signo de la religión católica, allí podía verse también la imagen de María. En efecto, desde los días en que María aún vivía, ya se encontraban muchos devotos suyos, que se reunían en el Monte Carmelo y allí, viviendo juntos en comunidad, se consagraban por entero a María.

No desagrada al devoto lector que relatemos este hecho tal como se narra en el Oficio de la Santa Iglesia bajo la Fiesta de la Santísima Virgen del Monte Carmelo, el 16 de julio.

En el sagrado día de Pentecostés, habiendo sido los Apóstoles llenos del Espíritu Santo, muchos fervientes creyentes (*viri plurimi*) se habían entregado a seguir el ejemplo de los santos profetas Elías y Eliseo, y a la predicación de Juan el Bautista se habían preparado para la venida del Mesías. Al ver verificadas las predicciones que habían oído del gran Precursor, abrazaron inmediatamente la fe evangélica. Luego, viviendo aún la Santísima Virgen, le tomaron especial afecto y la honraron tanto que en el monte Carmelo, donde Elías había visto subir aquella nubecilla, que era una figura distinguida de María, construyeron un pequeño santuario a la misma Virgen. Allí se reunían todos los días con piadosos ritos, oraciones y alabanzas y la veneraban como singular protectora de la Orden. Aquí y allá empezaron a llamarse hermanos de la bienaventurada Virgen del Carmen. Con el tiempo, los sumos pontífices no sólo confirmaron este título, sino que concedieron indulgencias especiales. María entonces dio ella misma el nombre, concedió su asistencia a este instituto, estableció para ellos un sagrado escapulario, que dio al bienaventurado Simón Stock para que por este hábito celestial se distinguiese aquella sagrada orden y los que lo llevasen estuviesen protegidos de todo mal.

Tan pronto como los Apóstoles llegaron a nuestras tierras para traer la luz del Evangelio, no tardó en surgir en Occidente la devoción a María. Quienes visitan las catacumbas de Roma, y nosotros somos testigos oculares de ello, encuentran todavía en esas mazmorras antiguas imágenes que

representan bien las bodas de María con San José, bien la asunción de María al cielo, y otras que representan a la Madre de Dios con el Niño en brazos.

Un célebre escritor afirma que “en los primeros tiempos de la Iglesia, los cristianos produjeron un tipo de la Virgen de la manera más satisfactoria que la condición del arte en aquella época podía haber requerido. El sentimiento de modestia que resplandecía, según San Ambrosio, en estas imágenes de la Virgen, prueba que, a falta de una efigie real de la Madre de Dios, el arte cristiano supo reproducir en ella la semejanza de su alma, esa belleza física símbolo de perfección moral que no se podía dejar de atribuir a la Virgen divina. Este carácter se encuentra también en ciertas pinturas de las catacumbas, en las que se pinta a la Virgen sentada con el Niño Jesús sobre sus rodillas, unas veces de pie y otras de medio cuerpo, siempre de una manera que parece ajustarse a un tipo hierático”.

“En las catacumbas de Santa Inés, escribe Ventura, fuera de Porta Pia, donde se pueden ver no sólo tumbas, sino oratorios todavía de cristianos del siglo II llenos de inmensas riquezas de arqueología cristiana y preciosos recuerdos del cristianismo primitivo, se encuentran en gran abundancia imágenes de María con el divino Niño en brazos que atestiguan la fe de la Iglesia antigua sobre la necesidad de la mediación de María para obtener gracias de Jesucristo, y sobre el culto a las imágenes sagradas que la herejía ha intentado destruir, tachándolas de novedades supersticiosas”.

Capítulo VI. La B. Virgen explica a San Gregorio [Taumaturgo] los misterios de la fe. – Castigo de Nestorio.

Aunque la santa Virgen María se ha mostrado en todo tiempo auxilio de los cristianos en todas las necesidades de la vida, parece que quiso de un modo particular manifestar su poder cuando la Iglesia fue atacada en las verdades de la fe, ya por la herejía, ya por las armas enemigas. Recogemos aquí algunos de los acontecimientos más gloriosos que todos concurren a confirmar lo que está escrito en la Biblia. Tú

eres como la torre de David, cuyo edificio está rodeado de murallas; mil escudos cuelgan alrededor, y toda clase de armaduras de los más valientes (Cant. 4, 4). Veamos ahora cómo se verifican estas palabras en los hechos de la historia eclesiástica.

Hacia mediados del siglo III vivió san Gregorio, conocido como taumaturgo por la multitud de milagros que realizó. Como el obispo de Neocesarea, su patria, había muerto, San Fedimo, arzobispo de Amasea, de quien aquél dependía, pensó en elevar a San Gregorio a ese obispado. Pero, considerándose indigno de tan sublime dignidad, se ocultó en el desierto; es más, para no ser encontrado, iba de una soledad a otra; pero San Fedimo, iluminado por el Señor, lo eligió obispo de Neocesarea a pesar suyo, aunque ausente.

Aquella diócesis seguía adorando a falsas divinidades, y cuando s. Gregorio sólo tenía 17 cristianos en total. Gregorio se sintió muy consternado cuando se vio obligado a aceptar una dignidad tan alta y peligrosa, sobre todo porque en aquella ciudad había quienes hacían una mezcla monstruosa de los misterios de la fe con las ridículas fábulas de los gentiles. Rogó, pues, Gregorio a Fedimo que le concediese algún tiempo para instruirse mejor en los sagrados misterios, y pasaba noches enteras en el estudio y la meditación, encomendándose a la Santísima Virgen, que es la madre de la sabiduría, y de la que era muy devoto. Sucedió una noche que, tras larga meditación sobre los sagrados misterios, se le apareció un venerable anciano de celestial belleza y majestad. Asombrado ante tal espectáculo, le preguntó quién era y qué deseaba. El anciano le tranquilizó amablemente y le dijo que había sido enviado por Dios para explicarle los misterios que meditaba. Al oír esto, con gran alegría se puso a mirarle, y con la mano le señaló otra aparición en forma de mujer que brillaba como un relámpago, y en belleza superaba a toda criatura humana. Asustado, se postró en tierra en un acto de veneración. Mientras tanto, oyó que la mujer, que era la Santísima Virgen, llamaba a aquel anciano por el nombre de Juan Evangelista, y le invitaba a explicarle los misterios de

la verdadera religión. San Juan contestó que estaba muy dispuesto a hacerlo, puesto que así le agradaba a la Madre del Señor. Y, en efecto, se puso a explicarle muchos puntos de la doctrina católica, entonces aún no dilucidados por la Iglesia y, por tanto, muy oscuros.

Le explicó que había un solo Dios en tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que los tres son perfectos, invisibles, incorruptibles, inmortales y eternos; que al Padre se atribuye especialmente el poder y la creación de todas las cosas; que al Hijo se atribuye especialmente la sabiduría, y que se hizo verdaderamente hombre, y es igual al Padre aunque engendrado de él; que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo y es la fuente de toda santidad; Trinidad perfecta sin división ni desigualdad, que siempre ha sido y será inmutable e invariable.

Una vez explicadas éstas y otras altísimas doctrinas, la visión se desvaneció, y Gregorio escribió inmediatamente las cosas que había aprendido y las enseñó constantemente en su Iglesia, sin dejar nunca de dar gracias a la Santísima Virgen que le había instruido de manera tan portentosa.

Si María demostró ser una ayuda prodigiosa para los cristianos en favor de la fe católica, Dios muestra cuán terribles son los castigos infligidos a los que blasfeman contra la fe. Lo vemos verificado en el fatal fin que sobrevino a Nestorio, obispo de Constantinopla. Negó que la Virgen María fuera propiamente la madre de Dios.

Los graves escándalos causados por su predicación movieron al Sumo Pontífice, que se llamaba Celestino I, a examinar la doctrina del heresiarca, que encontró errónea y llena de impiedad. El paciente pontífice, sin embargo, primero lo amonestó y luego amenazó con separarlo de la Iglesia si no se retractaba de sus errores.

La obstinación de Nestorio obligó al papa a convocar un concilio de más de 200 obispos en la ciudad de Éfeso, presidido por san Cirilo como legado papal. Este

concilio, que fue el tercer Concilio Ecuménico, se reunió en el año de Cristo 431.

Los errores de Nestorio fueron anatematizados, pero el autor no se convirtió, sino que se volvió más obstinado. Por ello fue depuesto de su sede, exiliado a Egipto, donde después de muchas tabulaciones cayó en manos de una banda de saqueadores. A causa del exilio, la pobreza, el abandono, una caída de caballo y su avanzada edad, sufrió dolores atroces. Finalmente, su cuerpo vivo se pudrió y su lengua, órgano de tantas blasfemias, se pudrió y se llenó de gusanos.

Así murió quien se atrevió a proferir tantas blasfemias contra la augusta Madre del Salvador.

[\(continuación\)](#)

Vida de San José, esposo de María Santísima, padre adoptivo de Jesucristo (3/3)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

Capítulo XX. Muerte de San José. – Su entierro.

Nunc dimittis servum tuum Domine, secundum verbum tuum in pace, quia viderunt oculi mei salutare tuum. (Ahora, Señor, deja que tu siervo se vaya en paz, conforme a tu palabra, porque mis ojos han visto al Salvador dado por ti. – Lc. 2:29)

Había llegado el último momento, José hizo un esfuerzo supremo para levantarse y adorar a aquel a quien los hombres consideraban su hijo, pero que José sabía que era su Señor y Dios. Quiso arrojarse a sus pies y pedir la remisión

de sus pecados. Pero Jesús no le permitió arrodillarse y lo recibió en sus brazos. Así, apoyando su venerable cabeza sobre el pecho divino de Jesús, con los labios cerca de aquel corazón adorable, José expiró, dando a los hombres un último ejemplo de fe y humildad. Era el día diecinueve de marzo del año de Roma 777, el vigésimo quinto desde el nacimiento del Salvador.

Jesús y María lloraron sobre el cuerpo frío de José, y guardaron a su lado la lúgubre vigilia de los muertos. Jesús mismo lavó este cuerpo virginal, cerró los ojos y cruzó las manos sobre su pecho; luego lo bendijo para preservarlo de la corrupción de la tumba, y puso a los ángeles del Paraíso bajo su custodia.

Los funerales del pobre trabajador fueron tan modestos como lo había sido toda su vida. Pero, si tales parecieron ante la faz de la tierra, fueron de tan gran honor que, ciertamente, no presumieron de los más gloriosos emperadores del mundo, pues el Rey y la Reina del Cielo, Jesús y María, estuvieron presentes en el augusto cuerpo. El cuerpo de José fue depositado en el sepulcro de sus padres, en el valle de Josafat, entre el monte de Sión y el monte de los Olivos.

Capítulo XXI. Poder de San José en el cielo. Razones de nuestra confianza.

Ite ad Josephet quicquid vobis dixerit facite. (Ve a José y haz lo que él te diga. – Gn. 41,55)

No siempre la gloria y el poder de los justos sobre la tierra es la medida cierta del mérito de su santidad; pero no lo es de aquella gloria y poder con que son revestidos en el cielo, donde cada uno es recompensado según sus obras. Cuanto más santos han sido a los ojos de Dios, tanto más son elevados a un grado sublime de poder y autoridad.

Una vez establecido este principio, no debemos creer que, entre los bienaventurados que son objeto de nuestro culto religioso, San José es, después de María, el más importante.

José es, después de María, el más poderoso de todos ante Dios, y el que más justamente merece nuestra confianza y homenaje? En efecto, icuántos gloriosos privilegios le distinguen de los demás santos, y deben inspirarnos una profunda y tierna veneración!

El hijo de Dios que eligió a José por padre, para recompensar todos sus servicios y darle a cambio las demostraciones del más tierno amor en el tiempo de su vida mortal, no le ama menos en el cielo de lo que le amó sobre la tierra. Feliz de tener toda la eternidad para compensar a su amado padre por todo lo que ha hecho por él en la vida presente, con tan ardiente celo, tan inviolable fidelidad y tan profunda humildad. Esto hace que el divino Salvador esté siempre dispuesto a escuchar favorablemente todas sus oraciones y a cumplir todos sus deseos.

Encontramos en los privilegios y favores con que fue colmado el antiguo José, que no era más que una sombra de nuestro verdadero José, una figura del crédito omnipotente de que goza en el cielo el santo esposo de María.

El Faraón, para recompensar los servicios que había recibido de José, hijo de Jacob, lo estableció administrador general de su casa, dueño de todos sus bienes, deseando que todo se hiciera según sus órdenes. Después de haberlo establecido como virrey de Egipto, le dio el sello de su autoridad real y le otorgó plenos poderes para concederle todas las gracias que deseara. Ordenó que se le llamara el salvador del mundo, para que sus súbditos reconocieran que a él debían su salud; en resumen, envió a José a todos los que acudían en busca de algún favor, para que lo obtuvieran de su autoridad y le mostraran su gratitud: *Ite ad Ioseph, et quidquid dixerit vobis, facile* – Gn 41,55; Ve a José, haz todo lo que te diga y recibe de él todo lo que te dé.

Pero icuánto más maravillosos y capaces de inspirarnos una confianza sin límites son los privilegios del casto esposo de María, el padre adoptivo del Salvador! No es un rey de la tierra como el Faraón, sino que es Dios Todopoderoso quien ha querido colmar a este nuevo José con sus

favores. Comienza por establecerlo como amo y venerable cabeza de la Sagrada Familia; quiere que todo le obedezca y le esté sometido, incluso su propio hijo igual a él en todo. Lo convierte en su virrey, queriendo que represente a su adorable persona hasta el punto de darle el privilegio de llevar su nombre y de ser llamado padre de su unigénito. Pone a este hijo en sus manos, para hacernos saber que le da un poder ilimitado para realizar toda gracia. Observa cómo da a conocer en el Evangelio para toda la tierra y en todas las épocas, que San José es el padre del rey de reyes: *Erant pater et mater eius mirantes* – Lc. 2,33. Desea que se le llame Salvador del mundo, puesto que alimentó y preservó a aquel que es la salud de todos los hombres. Por último, nos advierte que, si deseamos gracias y favores, debemos dirigirnos a José: *Ite ad Ioseph*, pues es él quien tiene todo el poder ante el Rey de reyes para obtener todo lo que pida.

La santa Iglesia reconoce este poder soberano de José, pues pide por su intercesión lo que no podría obtener por sí misma: *Ut quod possibilitas nostra non obtinet, eius nobis intercessione donetur*.

Ciertos santos, dice el doctor angélico, han recibido de Dios el poder de socorrernos en ciertas necesidades particulares; pero el crédito de San José no tiene límite; se extiende a todas las necesidades, y todos los que recurren a él con confianza tienen la certeza de que se les concederá prontamente. Santa Teresa nos declara que nunca pidió nada a Dios por intercesión de San José que no obtuviera rápidamente: y el testimonio de esta santa vale por mil otros, puesto que se fundamenta en la experiencia cotidiana de sus favores. Los demás santos gozan, es cierto, de gran crédito en el cielo; pero interceden como siervos y no mandan como amos. José, que ha visto a Jesús y a María sometidos a él, puede obtener sin duda todo lo que quiera del rey su hijo y de la reina su esposa. Tiene crédito ilimitado ante uno y otra, y, como dice Gersonne, ordena más que suplica: *Non impetrat, sed imperat*. Jesús, dice San Bernardino de Siena, quiere continuar en el cielo para dar a San José una prueba de su respeto

filial obedeciendo todos sus deseos: *Dum pater orat natum, velut imperium reputatur.*

¿Es que podía negar Jesucristo a José, que nunca le negó nada en el tiempo de su vida? Moisés no era en su vocación más que el jefe y conductor del pueblo de Israel, y sin embargo se conducía con Dios con tal autoridad, que cuando le reza en nombre de aquel pueblo rebelde e incorregible, su oración parece convertirse en una orden, que en cierto modo ata las manos de la majestad divina, y la reduce a ser casi incapaz de castigar a los culpables, hasta que los haya liberado: *Dimitte me, ut irascatur furor meus contro eos et deileam eos.* (Ex. 32).

Pero, ¿cuánta mayor virtud y poder no tendrá la oración que José dirige por nosotros al juez soberano, de quien fue guía y padre adoptivo? Porque si es verdad, como dice San Bernardo, que Jesucristo, que es nuestro abogado ante el Padre, le presenta sus sagradas llagas y la adorable sangre que derramó por nuestra salud, si María, por su parte, presenta a su Hijo único el seno que lo llevó y alimentó, ¿no podemos añadir que San José muestra al Hijo y a la Madre las manos que tanto trabajaron por ellos y el sudor que derramó para ganar su sustento por encima de la tierra? Y si Dios Padre no puede negar nada a su amado Hijo cuando le ruega por sus sagradas llagas, ni el Hijo negar nada a su santísima Madre cuando le ruega por las entrañas que le han parido, ¿no estamos obligados a creer que ni el Hijo, ni la Madre que se ha convertido en dispensadora de las gracias que Jesucristo mereció, pueden negar nada a San José cuando les ruega por todo lo que ha hecho por ellos en los treinta años de su vida?

Imaginemos que nuestro santo protector dirige esta conmovedora oración a Jesucristo, su Hijo adoptivo, por nosotros: "Oh divino Hijo mío, dignate derramar tus gracias más abundantes sobre mis fieles siervos; te lo pido por el dulce nombre de Padre con el que tantas veces me has honrado, por esos brazos que te recibieron y calentaron en tu nacimiento, que te llevaron a Egipto para salvarte de la ira de Herodes; Te pido por aquellos ojos cuyas lágrimas enjugué,

por aquella sangre preciosa que recogí en tu circuncisión; por los trabajos y fatigas que soporté con tanto contento para alimentar tu infancia, para criarte en tu juventud..." ¿Podría Jesús, tan lleno de caridad, resistirse a semejante oración? Y si está escrito, dice San Bernardo, que hace la voluntad de los que le temen, ¿cómo podría negarse a hacer la de quien le sirvió y alimentó con tanta fidelidad, con tanto amor? *Si voluntatem timentium se faciet; quomodo voluntatem nutrientis se non faciet?* (Un piadoso escritor en sus comentarios al Salmo 144:19).

Pero lo que debe redoblar nuestra confianza en San José es su inefable caridad para con nosotros. Jesús, haciéndose hijo suyo, puso en su corazón un amor más tierno que el del mejor de los padres.

¿Acaso no nos hemos convertido en sus hijos, mientras Jesucristo es nuestro hermano y María, su casta esposa, es nuestra madre llena de misericordia?

Dirijámonos, pues, a san José con una confianza viva y plena. Su oración unida a la de María y presentada a Dios en nombre de la adorable infancia de Jesucristo, no podrá encontrar rechazo, sino que obtendrá todo lo que pida.

El poder de San José es ilimitado; se extiende a todas las necesidades de nuestra alma y de nuestro cuerpo.

Después de tres años de violenta y continua enfermedad, que no le dejaba ni reposo ni esperanza de recuperación, Santa Teresa recurrió a San José. Teresa recurrió a San José; y éste le procuró pronto la salud.

Principalmente en nuestra última hora, cuando la vida está a punto de abandonarnos como a un falso amigo, cuando el infierno redoblará sus esfuerzos para secuestrar nuestras almas en el paso a la eternidad, es en ese momento decisivo para nuestra salud cuando San José nos asistirá de un modo muy especial, si somos fieles a honrarle y rezarle en vida. El divino Salvador, para recompensarle por haberle rescatado de la muerte librándole de la ira de Herodes, le concedió el privilegio especial de rescatar de las asechanzas del demonio y de la muerte eterna a los moribundos que se

pusieran bajo su protección.

Por eso se le invoca con María en todo el mundo católico como patrón de la buena muerte. ¡Oh! qué felices seríamos si pudiéramos morir como tantos fieles servidores de Dios, pronunciando los nombres omnipotentes de Jesús, María y José. El Hijo de Dios, dice el Venerable Bernardo de Bustis, teniendo las llaves del paraíso, dio una a María, la otra a José, para que introdujeran a todos sus fieles servidores en el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz.

Capítulo XXII. Propagación del culto e institución de la fiesta del 19 de marzo y del Patrocinio de San José.

Qui custos est domini sui glorificabitur. (El que guarda a su señor será honrado. – Pr. 27,18)

Así como la Divina Providencia decretó que San José muriera antes de que Jesús se manifestara públicamente como Salvador de la humanidad, así también decretó que el culto a este santo no se difundiera antes de que la fe católica se hubiera extendido universalmente por todo el mundo. En efecto, la exaltación de este santo en los primeros tiempos del cristianismo parecía peligrosa para la fe aún débil del pueblo. Era muy conveniente que se inculcara la dignidad de Jesucristo nacido de una virgen por obra del Espíritu Santo; ahora bien, proponer la memoria de San José, esposo de María, habría ensombrecido esa creencia dogmática en algunas mentes débiles, aún no ilustradas sobre los milagros del poder divino. Además, en aquellos siglos de batallas era importante hacer objeto principal de veneración a los santos héroes que habían derramado su sangre con el martirio para defender la fe.

Como la fe se consolidó entonces entre el pueblo y fueron elevados al honor de los altares muchos santos que habían edificado la Iglesia con el esplendor de sus virtudes sin pasar por el tormento, pronto pareció de lo más conveniente que no se dejara en silencio a un santo del que el propio Evangelio hacía tan amplios elogios. Por eso los

griegos, además de la fiesta de todos los antepasados de Cristo (que fueron justos) celebrada el domingo anterior a Navidad, consagraron el domingo que corre en esta octava al culto de San José, esposo de María, del santo profeta David y de Santiago, primo del Señor.

En el calendario Copto, bajo el 20 de julio, se menciona a San José, y algunos creen que el 4 de julio fue el día de la muerte de nuestro santo.

En la Iglesia latina, pues, el culto a San José se remonta a la antigüedad de los primeros siglos, como se desprende de los antiquísimos martirologios del monasterio de San Maximino de Tréveris y de Eusebio. La orden de los frailes mendicantes fue la primera en celebrar el oficio, como se desprende de sus breviarios. Su ejemplo fue seguido en el siglo decimocuarto por los franciscanos y dominicos a través de la obra de Alberto Magno, que fue maestro de Santo Tomás de Aquino.

Hacia finales del siglo decimoquinto, las iglesias de Milán y Toulouse también lo introdujeron en su liturgia, hasta que la Sede Apostólica extendió su culto a todo el mundo católico en 1522. Pío V, Urbano VIII y Sixto IV perfeccionaron su oficio.

La princesa Isabel Clara Eugenia de España, heredera del espíritu de Santa Teresa, que era muy devota de San José, fue a Bélgica y consiguió que el 19 de marzo se celebrara en la ciudad de Bruselas una fiesta en honor de este santo, y el culto se extendió a las provincias vecinas, donde fue proclamado y venerado bajo el título de preservador de la paz y protector de Bohemia. Esta fiesta comenzó en Bohemia en el año 1655.

Una parte del manto con el que San José envolvió al Santo Niño Jesús se conserva en Roma, en la iglesia de Santa Cecilia de Trastevere, donde también se guarda el bastón que este santo llevaba mientras viajaba. La otra parte se conserva en la iglesia de Santa Anastasia de la misma ciudad.

Al igual que los testigos que nos han llegado, este manto es de color amarillento. Una partícula del mismo fue regalada por el cardenal Ginetti a los Padres Carmelitas Descalzos de Amberes, guardada en una magnífica caja, bajo tres llaves, y se expone a la veneración pública todos los años en Navidad.

Entre los sumos pontífices que contribuyeron con su autoridad a promover el culto a este santo se encuentra Sixto IV, que fue el primero en establecer la fiesta hacia finales del siglo XV. San Pío V formuló el oficio en el Breviario Romano. Gregorio XV y Urbano VIII se esforzaron con decretos especiales por reavivar el fervor hacia este santo que parecía haber decaído en algunos pueblos. Hasta que el Sumo Pontífice Inocencio X, cediendo a las peticiones de muchas iglesias de la cristiandad, deseoso también de promover la gloria del santísimo esposo de María y hacer así más eficaz su patrocinio para la religión, extendió su solemnidad a todo el mundo católico.

Así pues, la fiesta de San José se fijó para el día 19 de marzo, que piadosamente se cree que fue el día de su beatísima muerte (en contra de la opinión de algunos que creen que ésta ocurrió el día 4 de julio).

Como esta fiesta cae siempre en el tiempo de Cuaresma, no podía celebrarse en domingo, ya que todos los domingos de Cuaresma son privilegiados: por ello, a menudo habría pasado desapercibida si la ingeniosa piedad de los fieles no hubiera encontrado la manera de compensarla de otro modo.

Desde 1621, la Orden de los Carmelitas Descalzos reconoce solemnemente a San José como patrón y padre universal de su Instituto consagró uno de los domingos después de Pascua para celebrar su solemnidad bajo el título del Patrocinio de San José. A petición ferviente de la propia Orden y de muchas Iglesias de la Cristiandad, la Sagrada Congregación de Ritos, por decreto de 1680, fijó esta solemnidad en el tercer domingo después de Pascua. Muchas Iglesias del mundo católico no tardaron en adoptar

espontáneamente esta fiesta. La Compañía de Jesús, los Redentoristas, los Pasionistas y la Sociedad de María la celebran con su propia octava y oficio bajo el rito doble de primera clase.

Finalmente, la Sagrada Congregación de Ritos extendió esta fiesta a toda la Iglesia universal, para alentar y animar cada vez más la piedad de los fieles hacia este gran santo, con un decreto del 10 de septiembre de 1847, a petición del Eminentísimo Cardenal Patrizi.

Si alguna vez hubo tiempos calamitosos para la Iglesia de Jesucristo, si alguna vez la fe católica dirigió sus plegarias al Cielo para implorar un protector, éstos son los días actuales. Nuestra santa religión, asaltada en sus principios más sacrosantos, ve cómo numerosos hijos son arrancados con cruel indiferencia de su seno maternal para entregarse locamente en brazos de la incredulidad y del desenfreno, y convirtiéndose en escandalosos apóstoles de la impiedad, extraviar a tantos de sus hermanos y desgarrar así el corazón de aquella madre amorosa que los alimentó. Ahora bien, mientras que la devoción a San José atraería copiosas bendiciones sobre las familias de sus devotos, procuraría a la desolada esposa de Jesucristo el patrocinio efficacísimo de un santo que, del mismo modo que supo preservar indemne la vida de Jesús ante la persecución de Herodes, sabrá preservar indemne la fe de sus hijos ante la persecución del infierno. Como el primer José, hijo de Jacob, fue capaz de mantener la abundancia del pueblo de Egipto durante siete años de hambre, el verdadero José, el más feliz administrador de los tesoros celestiales, sabrá mantener en el pueblo cristiano esa fe santísima para establecer que Dios, de quien fue dios y guardián durante treinta años, descendió a la tierra.

Siete gozos y siete dolores de San José.

Indulgencia concedida por Pío IX a los fieles que reciten esta corona, que puede servir de práctica para la novena del Santo.

El reinante Pío IX, ampliando las concesiones de sus predecesores, especialmente las de Gregorio XVI, concedió a los fieles de ambos sexos, que después de haber recitado las siguientes exequias, comúnmente llamadas *los siete Gozos y los siete Dolores de San José*, durante siete domingos consecutivos, la siguiente indulgencia. José, durante siete domingos consecutivos, en cualquier época del año, visitará, confesado y comunicado, una Iglesia u Oratorio público, y allí rezará según su intención: Indulgencia plenaria también aplicable a las almas del Purgatorio, en cada uno de dichos domingos.

A los que no sepan leer, o no puedan acudir a ninguna Iglesia donde se digan públicamente estas homilías, el mismo Pontífice les concedió la misma Indulgencia Plenaria siempre que, al visitar dicha Iglesia y rezar como se ha dicho, recen, en lugar de las citadas homilías, *siete Padrenuestros, Avemarías y Gloria* en honor del santo Patriarca.

Corona de los Siete Dolores y Gozos de San José

1. Oh purísimo esposo de María Santísima, glorioso San José, tan grande fue la aflicción y la angustia de tu corazón en la perplejidad de abandonar a tu inmaculadísima esposa: tan inexplicable fue tu alegría cuando el ángel te reveló el soberano misterio de la Encarnación.

Por este tu dolor y por este tu gozo, te suplicamos que consueles nuestra alma ahora y en nuestros extremos dolores con el gozo de una vida buena y de una muerte santa semejante a la tuya, en medio de Jesús y de María.

Pater, Ave y Gloria.

2. Oh felicísimo Patriarca, glorioso San José, que fuisteis elegido para ser el Padre adoptivo del Verbo humano, ¡qué dolor debisteis sentir al ver nacer al niño Jesús en tal pobreza! Pero ésta se trocó inmediatamente en júbilo celestial al oír la armonía angélica y escuchar las glorias de aquella

noche tan afortunada.

Por esta vuestra pena y por esta vuestra alegría, os rogamus que nos imploréis que, después del viaje de esta vida, pasemos a oír las alabanzas angélicas y a gozar de los esplendores de la gloria celestial.

Pater, Ave y Gloria.

3. Oh ejecutor de las leyes divinas, glorioso San José, la preciosísima sangre que se derramó en la circuncisión del Niño Redentor traspasó tu corazón, pero el nombre de Jesús lo vivificó, llenándolo de alegría.

Por este tu dolor y por esta tu alegría, consíguenos que, habiendo alejado de nosotros todo vicio en la vida, con el santísimo nombre de Jesús en el corazón y en la boca, nos regocijemos.

Pater, Ave y Gloria.

4. Oh santo fidelísimo, que participaste de los Misterios de nuestra Redención, glorioso San José, si la profecía de Simeón sobre lo que Jesús y María iban a sufrir te causó los dolores de la muerte, te llenó de bendito gozo por la salud y la gloriosa resurrección, que predijo que seguiría, de innumerables almas.

Por este vuestro dolor y por esta vuestra alegría, imploradnos que podamos estar en el número de los que, por los méritos de Jesús y la intercesión de la Virgen su Madre, han de resucitar gloriosamente.

Pater, Ave y Gloria.

5. Oh vigilantísimo guardián, familiar inherente del Hijo de Dios encarnado, glorioso San José, cuánto sufriste al sostener y servir al Hijo del Altísimo, especialmente en la huida que tuviste que hacer a Egipto; pero cuánto más te alegraste, teniendo siempre contigo al mismo Dios, y viendo caer por tierra a los ídolos egipcios.

Por esta vuestra pena y vuestra alegría,

imploradnos que alejando de nosotros al tirano infernal, especialmente por la huida de ocasiones peligrosas, caiga de nuestros corazones todo ídolo de afecto terreno; y todos empleados en la servidumbre de Jesús y María, sólo por ellos vivamos y muramos felices.

Pater, Ave y Gloria.

6. Oh Ángel de la tierra, glorioso San José, que a tu llamado admiraste al Rey del Cielo, sé que tu consuelo al traerlo de Egipto se vio turbado por el temor de Arquelao; pero también sé que asegurado por el Ángel, feliz con Jesús y María, moraste en Nazaret.

Por este tu dolor y por esta tu alegría, implóranos que de los temores dañinos despejados de nuestros corazones podamos gozar de paz de conciencia y vivir seguros con Jesús y María y aún morir entre ellos.

Pater, Ave y Gloria.

7. Oh dechado de toda santidad, glorioso San José, habiendo perdido sin culpa al niño Jesús, lo buscaste durante tres días con el mayor dolor, hasta que, con gran regocijo, gozaste de tu Vida hallado en el templo entre los doctores.

Por este dolor y por esta alegría vuestra, os suplicamos, con el corazón en los labios, que intercedáis, para que nunca nos suceda perder a Jesús por negligencia grave. Qué si por gran desgracia le perdiéramos, le busquemos con tan infatigable dolor, hasta que le encontremos favorablemente, particularmente en nuestra muerte, para pasar a gozar de él en el Cielo, y allí contigo para siempre cantar sus divinas misericordias.

Pater, Ave y Gloria.

Antífona. Jesús estaba a punto de cumplir treinta años, y se creía que era hijo de José.

V. Rueda por nosotros San José.

R. Y seremos dignos de las promesas de Cristo.

Oremos.

Oh Dios, que con inefable providencia te dignaste elegir al bienaventurado José como esposo de tu santísima Madre, haz que nosotros, que lo veneramos como protector en la tierra, merezcamos tenerlo como intercesor en el cielo. Por Cristo nuestro Señor

R. Amén.

Otra oración a San José

Dios te salve, oh José, lleno de gracia; Jesús y María están contigo; eres bendito entre los hombres, y bendito es el fruto del vientre de tu esposa María. San José, padre adoptivo de Jesús, virgen esposo de María, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. Así sea.

Recogidas por los más acreditados autores, con novena en preparación de la fiesta del Santo.

Tipografía dell'Oratorio di s. Francesco di Sales, Turín 1867.

Sac. BOSCO GIOVANNI

Con Permiso Eclesiástico.

Hoy la Iglesia concede indulgencias (*Enchiridion Indulgentiarum* n.19) para las oraciones en honor de San José:

Se concede una indulgencia parcial a los fieles que invoquen a San José, Esposo de la Bienaventurada Virgen María, con una oración legítimamente aprobada (por ejemplo: A ti, bienaventurado san José).

A ti, bienaventurado san José, acudimos en nuestra tribulación, y después de implorar el auxilio de tu santísima Esposa, solicitamos también confiadamente tu patrocinio. Por aquella caridad que con la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, te tuvo unido y por el paterno amor con que abrazaste al Niño Jesús, humildemente te suplicamos que vuelvas benigno los ojos a la herencia que con su sangre adquirió Jesucristo, y

por su poder y auxilio socorras nuestras necesidades. Protege, oh, providentísimo custodio de la divina Familia, a la escogida descendencia de Jesucristo; aparta de nosotros, padre amantísimo, toda mancha de error o de corrupción; asístenos propicio desde el cielo, fortísimo libertador nuestro, en esta lucha con el poder de las tinieblas; y así como en un tiempo salvaste de la muerte la amenazada vida de Jesús Niño, defiende ahora a la Iglesia santa de Dios de las asechanzas de sus enemigos y de toda adversidad, y a cada uno de nosotros protégenos con perpetuo patrocinio, para que, a ejemplo tuyo y sostenidos por tu auxilio, podamos santamente vivir, piadosamente morir y alcanzar en los cielos la eterna bienaventuranza.

Amén.

(Papa León XIII, Oración a San José, encíclica Quamquam pluries)

Vida de San José, esposo de María Santísima, padre adoptivo de Jesucristo (2/3)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

Capítulo IX. La Circuncisión.

Et vocavit nomen eius Iesum. (Y le puso por nombre Jesús. – Mt 1,25)

Al octavo día después del nacimiento, los hijos de Israel debían ser circuncidados por mandato expreso de Dios dado a Abrahán, para que hubiera una señal que recordara al pueblo la alianza que Dios había jurado con ellos.

María y José comprendieron muy bien que tal señal no era en absoluto necesaria para Jesús. Este doloroso servicio era un castigo que convenía a los pecadores, y su finalidad era borrar el pecado original. Ahora bien, siendo Jesús el santo por excelencia, la fuente de toda santidad, no llevaba consigo ningún pecado que necesitara remisión. Además, había venido al mundo por concepción milagrosa, y no tenía que someterse a ninguna de las leyes que correspondían a los hombres. Sin embargo, María y José, sabiendo que Jesús no había venido a quebrantar la ley, sino a cumplirla; que había venido a dar a los hombres el ejemplo de una obediencia perfecta, dispuestos a sufrir todo lo que la gloria del Padre Celestial y la salud de la humanidad exigieran de él, no se arredraron a la hora de realizar la dolorosa ceremonia sobre el Divino Niño.

José, el santo Patriarca, es el ministro y sacerdote de ese rito sagrado. Aquí está, con los ojos blandos de lágrimas, diciendo a María: “María, ahora es el momento en que vamos a realizar en este bendito hijo tuyo el signo de nuestro padre Abraham. Pierdo el corazón al pensar en ti. ¡Yo pongo hierro en esta carne inmaculada! Yo extraer la primera sangre de este cordero de Dios; ¡oh, si abrieras la boca, oh hija mía, y me dijeras que no quieres la herida, oh, ¡cómo arrojaría lejos de mí este cuchillo, y me alegraría que no lo quisieras! Pero veo que me pides este sacrificio; que quieres sufrir. Sí, oh dulcísimo niño, sufriremos: tú en tu carne más ajena al mundo; María y yo en nuestros corazones”.

Mientras tanto, José había desempeñado el doloroso oficio de ofrecer a Dios aquella primera sangre en expiación por los pecados de los hombres. Luego, con María llorosa y llena de angustia por la aflicción de su Hijo, había repetido: “Jesús es su nombre, porque Él debe salvar a su pueblo de sus pecados: *vocabis nomen eius Iesum; ipse enim salvum faciet populum suum a peccatis eorum.* – Mt. 1,25” ¡Oh nombre santísimo! ¡Oh nombre sobre todo nombre! ¡Cuán oportunamente eres pronunciado por primera vez en este momento! Dios quiso que el niño se llamara Jesús entonces, cuando empezó a

derramar sangre, pues si era y sería Salvador, era precisamente en virtud y a causa de su sangre, por la que entró una sola vez en el lugar santísimo y consumó, mediante el sacrificio de todo su ser, la Redención de Israel y del mundo entero.

José fue ese gran y noble ministro de la Circuncisión por la que el Hijo de Dios recibió su propio nombre. José recibió el informe de ello del ángel, José lo pronunció el primero entre los hombres y, al pronunciarlo, hizo que todos los ángeles se postraran y que los demonios, presa de un espanto extraordinario, incluso sin comprender por qué, cayeran adorando y se escondieran en las profundidades del infierno. ¡Gran dignidad de José! Gran obligación de reverencia le debemos, pues fue el primero en haber llamado Redentor al Hijo de Dios, y fue el primero en haber cooperado con el santo ministerio de la circuncisión para convertirlo en nuestro Redentor.

Capítulo X. Jesús adorado por los Magos. La Purificación.

Reges Tharsis et insulae munera offerent, Reges Arabum et Saba dona adducent. (Los reyes de Tharsis y de islas numerosas le harán sus ofrendas, los reyes de los árabes y de Saba traerán sus dones. – Sal. 71:10)

Aquel Dios que había bajado a la tierra para hacer de la casa de Israel y de los pueblos dispersos una sola familia, quería en torno a su cuna a los representantes de un pueblo y del otro. Los sencillos y los humildes tenían preferencia para estar junto a Jesús; además, los grandes y los sabios de la tierra no debían ser excluidos. Después de los pastores cercanos, Jesús, desde el silencio de su cueva de Belén, movió una estrella del Cielo para traer de vuelta a los adoradores lejanos.

Una tradición, popular en todo Oriente y recogida en la Biblia, anunciaba que nacería un niño en Occidente, que cambiaría la faz del mundo, y que al mismo tiempo aparecería una nueva estrella que marcaría este acontecimiento. En la

época del nacimiento del Salvador había en el lejano Oriente unos príncipes llamados comúnmente los tres Reyes Magos, dotados de una ciencia extraordinaria.

Profundamente versados en las ciencias astronómicas, estos tres Magos esperaban ansiosamente la aparición de la nueva estrella que debía anunciarles el nacimiento del maravilloso niño.

Una noche, mientras observaban atentamente el cielo, una estrella de magnitud inusitada pareció desprenderse de la bóveda celeste, como si quisiera descender por encima de la tierra.

Reconociendo ante esta señal que había llegado el momento, partieron apresuradamente, y guiados de nuevo por la estrella llegaron a Jerusalén. La fama de su llegada y, sobre todo, la causa que los guiaba, turbaron el corazón del envidioso Herodes. Este príncipe cruel hizo que los Magos acudieran a él y les dijo: "Informaos exactamente sobre este niño y, en cuanto lo hayáis encontrado, volved a avisarme para que yo también vaya a adorarlo". Habiendo indicado los doctores de la ley que el Cristo había de nacer en Belén, los Magos salieron de Jerusalén siempre precedidos por la misteriosa estrella. No tardaron en llegar a Belén; la estrella se detuvo sobre la cueva donde estaba el Mesías. Los Magos entraron, se postraron a los pies del niño y lo adoraron.

Después, abriendo los cofres de maderas preciosas que habían traído, le ofrecieron oro como para reconocerle como rey, incienso como Dios y mirra como hombre mortal.

Advertidos entonces por un ángel de los verdaderos designios de Herodes, sin pasar por Jerusalén, regresaron directamente a sus países.

Se acercaba el cuadragésimo día del nacimiento del Santo Niño: la ley de Moisés prescribía que todo primogénito debía ser llevado al templo para ser ofrecido a Dios y así consagrado, y la madre para ser purificada. José, en compañía de Jesús y María, se dirigió a Jerusalén para realizar la ceremonia prescrita. Ofreció dos tórtolas como sacrificio y

pagó cinco siclos de plata. Después, habiendo hecho inscribir a su hijo en las tablas del censo y pagado el tributo, la santa pareja regresó a Galilea, a Nazaret, su ciudad.

Capítulo XI. La triste anunciación. – La matanza de los inocentes. – La sagrada familia parte para Egipto.

Surge, accipe puerum et matrem eius et fuge in Aegyptum et esto ibi usque dum dicam tibi. (El ángel del Señor dijo a José: Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto y quédate allí hasta que yo te diga. – Mt. 2:13)

Vox in excelso audita est lamentationis, luctus, et fletus Rachel plorantis filios suos, et nolentis consolari super eis quia non sunt. (Se ha oído en lo alto una voz de queja, luto y lamento de Raquel que llora a sus hijos; y respecto a ellos no admite consuelo porque ya no están. – Jer. 31:15)

La tranquilidad de la sagrada familia no iba a ser de larga duración. En cuanto José hubo regresado a la casa pobre de Nazaret, un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: «Levántate, aparta de ti al niño y a su madre, huye a Egipto y quédate allí hasta que yo te ordene volver. Porque Herodes buscará al niño para darle muerte».

Y esto era demasiado cierto. El cruel Herodes, engañado por los Magos y furioso por haber perdido una ocasión tan buena de deshacerse de quien consideraba un competidor al trono, había concebido el designio infernal de hacer degollar a todos los niños varones menores de dos años. Esta orden abominable fue ejecutada.

Un ancho río de sangre corrió por Galilea. Entonces se cumplió lo que Jeremías había predicho: “Se oyó una voz en Ramá, una voz mezclada de lágrimas y lamentos. Es Raquel que llora a sus hijos y no quiere ser consolada, porque ya no están”. Estos pobres inocentes, cruelmente asesinados, fueron los primeros mártires de la divinidad de Jesucristo.

José había reconocido la voz del Ángel; no se permitió ninguna reflexión sobre la precipitada partida, a la que tuvieron que decidirse; sobre las dificultades de un viaje

tan largo y tan peligroso. Debió de lamentar abandonar su pobre hogar para atravesar los desiertos y buscar asilo en un país que no conocía. Sin esperar siquiera a mañana, en cuanto el ángel desapareció se levantó y corrió a despertar a María. María preparó apresuradamente una pequeña provisión de ropa y víveres para que se los llevaran. José, mientras tanto, preparó la yegua, y partieron sin pesar de su ciudad para obedecer el mandato de Dios. He aquí, pues, a un pobre anciano, que hace vanas las horribles conspiraciones del tirano de Galilea; es a él a quien Dios confía la custodia de Jesús y María.

Capítulo XII. Desastroso viaje – Una tradición.

Si persequentur vos in civitate ista, fugite in aliam. (Cuando os persigan en esta ciudad, huid a otra. – Mt. 10, 23.)

Dos caminos se presentaban al viajero que quería ir a Egipto por tierra. El uno atravesaba desiertos poblados de bestias feroces, y los caminos eran ásperos, largos y poco frecuentados. El otro atravesaba un país poco visitado, pero los habitantes de la comarca eran muy hostiles a los judíos. José, que temía especialmente a los hombres en esta precipitada huida, eligió el primero de estos dos caminos por ser el más oculto.

Partiendo de Nazaret en plena noche, los cautelosos viajeros, cuyo itinerario les exigía pasar cerca de Jerusalén, recorrieron durante algún tiempo los caminos más tristes y tortuosos. Cuando era necesario cruzar algún gran camino, José, dejando a Jesús y a su Madre al abrigo de una roca, exploraba el camino, para asegurarse de que la salida no estaba vigilada por los soldados de Herodes. Tranquilizado por esta precaución, volvió a buscar su precioso tesoro, y la sagrada familia prosiguió su viaje, entre barrancos y colinas. De vez en cuando, hacían una breve parada a la orilla de un claro arroyo, y después de una frugal comida descansaban un poco de los esfuerzos del viaje. Cuando llegó la noche, era hora de resignarse a dormir bajo el cielo abierto. José se

despojó de su manto y cubrió con él a Jesús y a María para preservarlos de la humedad de la noche. Mañana, al amanecer, comenzaría de nuevo el arduo viaje. Los santos viajeros, tras atravesar la pequeña ciudad de Anata, se dirigieron por el lado de Ramla para descender a las llanuras de Siria, donde ahora debían verse libres de las asechanzas de sus feroces perseguidores. En contra de su costumbre, habían seguido caminando a pesar de que ya era de noche, para ponerse antes a salvo. José casi tocaba el suelo por delante de los demás. María, toda temblorosa por aquella carrera nocturna, movía sus miradas inquietas hacia las profundidades de los valles y las sinuosidades de las rocas. De pronto, en una curva, un enjambre de hombres armados apareció para interceptar su camino. Era una banda de canallas, que asolaba la comarca, cuya espantosa fama se extendía a lo lejos. José había detenido la montura de María y rezaba al Señor en silencio, pues toda resistencia era imposible. A lo sumo se podía esperar salvar la vida. El jefe de los bandidos se separó de sus compañeros y avanzó hacia José para ver con quién tenía que vérselas. La visión de aquel anciano sin brazos, de aquel niño durmiendo sobre el pecho de su madre, conmovió el corazón sanguinario del bandido. Lejos de desearles ningún mal, tendió la mano a José, ofreciéndole hospitalidad a él y a su familia. Este líder se llamaba Dimas. La tradición cuenta que treinta años después fue apresado por los soldados y condenado a ser crucificado. Fue puesto en la cruz del Calvario al lado de Jesús, y es el mismo que conocemos con el nombre del buen ladrón.

Capítulo XIII. Llegada a Egipto – Prodigios ocurridos a su entrada en esta tierra – Aldea de Matari – Morada de la Sagrada Familia.

Ecce ascendet Dominus super nubem levem et commovebuntur simulacra Aegypti. (He aquí que el Señor ascenderá sobre una nube ligera y entrará en Egipto, y en su presencia se contorsionarán los simulacros de Egipto. – Is. 19:1)

En cuanto apareció el día, los fugitivos, dando gracias a los bandidos que se habían convertido en sus anfitriones, reanudaron su viaje lleno de peligros. Se dice que María, al ponerse en camino, dijo estas palabras al jefe de aquellos bandidos: «Lo que has hecho por este niño, algún día te será ricamente recompensado.» Tras pasar por Belén y Gaza, José y María descendieron a Siria y, al encontrarse con una caravana que partía hacia Egipto, se unieron a ella. A partir de este momento y hasta el final de su viaje, no vieron ante sí más que un inmenso desierto de arena, cuya aridez sólo se veía interrumpida a intervalos raros por algunos oasis, es decir, algunas extensiones de tierra fértil y verde. Sus esfuerzos se redoblaron durante la carrera a través de estas llanuras abrasadas por el sol. La comida era escasa y a menudo faltaba el agua. ¡Cuántas noches tuvo que retroceder José, que era viejo y pobre, cuando intentó acercarse al manantial en el que la caravana se había detenido para saciar su sed!

Finalmente, tras dos meses de penoso viaje, los viajeros entraron en Egipto. Según Sozomeno, desde el momento en que la Sagrada Familia tocó esta antigua tierra, los árboles bajaron sus ramas para adorar al Hijo de Dios; las bestias feroces acudieron allí, olvidando sus instintos; y los pájaros cantaron a coro las alabanzas del Mesías. En efecto, si creemos lo que nos dicen autores fidedignos, todos los ídolos de la provincia, al reconocer al vencedor del paganismo, se derrumbaron. Así se cumplieron literalmente las palabras del profeta Isaías cuando dijo: "He aquí que el Señor subirá sobre una nube y entrará en Egipto, y en su presencia serán quebrantados los simulacros de Egipto".

José y María, deseosos de llegar pronto al final de su viaje, no hicieron sino pasar por Heliópolis, consagrada al culto del sol, para dirigirse a Matari, donde pensaban descansar de sus fatigas.

Matari es una hermosa aldea sombreada por sicomoros, a unas dos leguas de El Cairo, la capital de Egipto. Allí pensaba José establecerse. Pero allí no terminaban sus problemas. Necesitaba buscar alojamiento. Los

egipcios no eran nada hospitalarios, por lo que la sagrada familia se vio obligada a refugiarse durante unos días en el tronco de un gran árbol viejo. Finalmente, tras una larga búsqueda, José encontró una habitación modesta y pequeña, en la que colocó a Jesús y a María.

Esta casa, que aún puede verse en Egipto, era una especie de cueva, de seis metros de largo por cinco de ancho. Tampoco había ventanas; la luz tenía que penetrar por la puerta. Las paredes eran de una especie de arcilla negra y sucia, cuya antigüedad llevaba la huella de la miseria. A la derecha había una pequeña cisterna, de la que José sacaba agua para el servicio de la familia.

Capítulo XIV. Las penas. – Consolación y fin del destierro.

Cum ipso sum in tribulatione. (Con él estoy en la tribulación. – Sal. 90:15)

Recién entrado en esta nueva morada, José reanudó su trabajo ordinario. Empezó a amueblar su casa; una mesita, unas sillas, un banco, todo obra de sus manos. Luego fue de puerta en puerta buscando trabajo para ganarse la vida para su pequeña familia. Sin duda experimentó muchos rechazos y soportó muchos desprecios humillantes. Era pobre y desconocido, y esto bastó para que su trabajo fuera rechazado. A su vez, María, mientras tenía mil cuidados para su Hijo, se entregó valientemente al trabajo, ocupando en él una parte de la noche para compensar los pequeños e insuficientes ingresos de su marido. Sin embargo, en medio de sus penas, ¡cuánto consuelo para José! Trabajaba para Jesús, y el pan que comía el divino niño lo había comprado con el sudor de su frente. Y cuando regresó al atardecer agotado y oprimido por el calor, Jesús sonrió a su llegada y le acarició con sus pequeñas manos. A menudo, con el precio de las privaciones que se imponía a sí mismo, José conseguía algunos ahorros, ¡qué alegría sintió entonces al poder utilizarlos para endulzar la condición del niño divino! Ahora eran unos dátiles, ahora unos juguetes adecuados a su edad, lo que el piadoso carpintero

llevaba al Salvador de los hombres. ¡Oh, qué dulces eran entonces las emociones del buen anciano al contemplar el rostro radiante de Jesús! Cuando llegó el sábado, día de descanso y consagrado al Señor, José tomó al niño de la mano y guió sus primeros pasos con una solicitud verdaderamente paternal.

Mientras tanto, murió el tirano que reinaba sobre Israel. Dios, cuyo brazo todopoderoso castiga siempre a los culpables, le había enviado una cruel enfermedad, que le condujo rápidamente a la tumba. Traicionado por su propio hijo, comido vivo por los gusanos, Herodes había muerto, llevando consigo el odio de los judíos y la maldición de la posteridad.

Capítulo XV. La nueva anunciación. – Regreso a Judea. – Tradición relatada por San Buenaventura.

Ex Aegypto vocavi filium meum. (Desde Egipto llamé a mi hijo. – Os. 11:1)

Hacia siete años que José estaba en Egipto, cuando el Ángel del Señor, mensajero ordinario de la voluntad del Cielo, se le apareció de nuevo durante el sueño y le dijo: “Levántate, aparta de ti al niño y a su madre, y vuelve a la tierra de Israel, pues ya no están los que buscaban al niño para darle muerte”. Siempre dispuesto a la voz de Dios, José vendió su casa y sus muebles, y lo ordenó todo para partir. En vano los egipcios, extasiados por la bondad de José y la dulzura de María, hicieron fervientes súplicas para retenerle. En vano le prometieron abundancia de todo lo necesario para la vida, José se mostró inflexible. Los recuerdos de su infancia, los amigos que tenía en Judea, la atmósfera pura de su patria, hablaban mucho más a su corazón que la belleza de Egipto. Además, Dios había hablado, y no hacía falta nada más para decidir a José a regresar a la tierra de sus antepasados.

Algunos historiadores opinan que la Sagrada Familia hizo parte del viaje por mar, porque les llevaba menos tiempo, y tenían un gran deseo de volver a ver pronto su

patria. En cuanto desembarcaron en Ascalonia, José se enteró de que Arquelao había sucedido en el trono a su padre Herodes. Esto supuso una nueva fuente de ansiedad para José. El ángel no le había dicho en qué parte de Judea debía establecerse. ¿Debía hacerlo en Jerusalén, en Galilea o en Samaría? José, lleno de ansiedad, rogó al Señor que le enviara a su mensajero celestial durante la noche. El ángel le ordenó que huyera de Arquelao y se retirara a Galilea. Entonces José ya no tuvo nada que temer y tomó tranquilamente el camino de Nazaret, que había abandonado siete años antes.

Que nuestros devotos lectores no se apenen al oír del seráfico Doctor San Buenaventura sobre este punto de la historia: “Estaban en el acto de partir: y José fue primero con los hombres, y su madre vino con las mujeres (que habían venido como amigas de la sagrada familia para acompañarles un poco). Cuando salieron por la puerta, José hizo retroceder a los hombres y no les permitió que le acompañaran más. Entonces uno de los hombres buenos, compadeciéndose de la pobreza de aquellos hombres, llamó al Niño y le dio algo de dinero para los gastos. El Niño se avergonzó de recibirlos; pero, por amor a la pobreza, extendió la mano y recibió el dinero con vergüenza y le dio las gracias. Y así lo hicieron más personas. Aquellas honorables matronas volvieron a llamarle e hicieron lo mismo; la madre no estaba menos avergonzada que el niño, pero, no obstante, les dio humildemente las gracias”.

Tras despedirse de aquella cordial compañía y renovar sus agradecimientos y saludos, la sagrada familia volvió sus pasos hacia Judea.

Capítulo XVI. Llegada de José a Nazaret. – Vida doméstica con Jesús y María.

Constituit eum dominum domus suae. (Le constituyó señor de su casa. – Sal. 104,20)

Por fin habían terminado los días del exilio. José podía volver a ver su añorada tierra natal, que le traía los recuerdos más entrañables. Habría que amar a la propia patria

como la amaban entonces los judíos, para comprender las dulces impresiones que llenaban el alma de José cuando aparecía a lo lejos la vista de Nazaret. El humilde patriarca aceleró el paso de la cabalgadura de María, y pronto llegaron a las estrechas calles de su querida ciudad.

Los nazarenos, que ignoraban la causa de la partida del piadoso obrero, vieron su regreso con alegría. Los cabezas de familia acudieron a dar la bienvenida a José y a estrechar la mano del anciano, cuya cabeza estaba vuelta lejos de su patria. Las hijas saludaron a la humilde Virgen, cuya gracia aumentaba aún más por los cuidados con que rodeaba a su divino hijo. El amado Jesús vio a los muchachos de su edad que acudían a él y, por primera vez, oyó la lengua de sus antepasados en lugar de la amarga lengua del exilio.

Pero el tiempo y la negligencia habían reducido la pobre morada de José a un mal estado. La hierba salvaje había crecido sobre las paredes, y la polilla se había apoderado de los viejos muebles de la sagrada familia.

Se vendió parte del terreno que rodeaba la casa, y con su precio se compraron los enseres domésticos más necesarios. Los escasos recursos de la pareja se emplearon en las compras más indispensables. A José sólo le quedaban su taller y sus armas. Pero la estima que todos sentían por el santo varón, la confianza que la gente tenía tanto en su buena fe como en su capacidad, hicieron que poco a poco volvieran a él el trabajo y los mecenas; y el valeroso carpintero no tardó en reanudar su trabajo habitual. Había envejecido en sus trabajos, pero su brazo seguía siendo fuerte, y su ardor aún aumentaba después de que le hubieran encargado alimentar al Salvador de la humanidad.

Jesús crecía en edad y sabiduría. Del mismo modo que José había guiado sus primeros pasos, cuando aún era un niño pequeño, también dio a Jesús su primer conocimiento del trabajo. Sostuvo su manita y la dirigió para enseñarle a trazar líneas y a manejar el plano. Enseñó a Jesús las dificultades y la práctica del oficio. ¡Y el Creador del mundo se dejó guiar por su fiel servidor, al que había elegido por

padre!

José, que era asiduo en los oficios del santo templo, como diligente en los deberes de su trabajo, observaba estrictamente la ley de Moisés y la religión de sus antepasados. Por eso nunca se le veía trabajando en un día festivo, pues había comprendido que ni un solo día a la semana es demasiado para rezar al Señor y agradecerle sus favores. Cada año, en las tres grandes fiestas judías, las de Pascua, Pentecostés y Tabernáculos, acudía al templo de Jerusalén en compañía de María. De ordinario dejaba a Jesús en Nazaret, que habría estado excesivamente cansado por el largo viaje; y siempre solía rogar a uno de sus vecinos que se hiciera cargo del niño en ausencia de sus padres.

Capítulo XVII. Jesús va con María, su madre, y San José a celebrar la Pascua en Jerusalén. – Se pierde y lo encuentran al cabo de tres días.

Fili, quid fecisti nobis sic? Ecce pater tuus et ego dolentes quaerebamus te. Quid est quod me quaerebatis? Nesciebatis quia in his quae Patris mei sunt oportet me esse? (Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? He aquí que tu padre y yo, afligidos, fuimos en tu busca; [y él les dijo] ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en las cosas de mi Padre debía estar ocupado? – Lc. 2:48-49)

Cuando Jesús cumplió doce años y se acercaba la fiesta de Pascua, José y María lo juzgaron lo bastante fuerte para soportar el viaje y lo llevaron con ellos a Jerusalén. Permanecieron unos siete días en la ciudad santa para celebrar la Pascua y realizar los sacrificios ordenados por la ley.

Cuando terminaron las fiestas pascuales, emprendieron el camino de regreso a Nazaret en medio de sus parientes y amigos. La caravana era muy numerosa. En la sencillez de sus costumbres, las familias de un mismo pueblo o aldea regresaban a sus casas en alegres brigadas, en las que los ancianos hablaban animadamente con los ancianos, las mujeres con las mujeres, mientras los niños corrían y jugaban

juntos por el camino. Así que José, al no ver a Jesús cerca de sí, lo creyó, como era natural, con su madre o con los muchachos de su edad. María también caminaba entre sus compañeras, igualmente convencida de que el niño seguía a los demás. Al atardecer, la caravana se detuvo en la pequeña ciudad de Machmas para pasar la noche. José vino a buscar a María; pero ¿cuál no fue su sorpresa y su pena cuando se preguntaron mutuamente dónde estaba Jesús? Ni uno ni otro le habían visto después de salir del templo; los muchachos, por su parte, no podían dar noticias suyas. No estaba con ellos.

Inmediatamente, José y María, a pesar de su cansancio, se pusieron de nuevo en camino hacia Jerusalén. Pálidos e inquietos, recorrieron el camino que ya habían recorrido aquel mismo día. Los alrededores resonaban con sus gritos de duelo; José llamaba a Jesús, pero éste no respondía. Al amanecer llegaron a Jerusalén, donde, según dice el Evangelio, pasaron tres días enteros buscando a su hijo amado. ¡Cuánto le dolió el corazón a José! ¡Y cuánto tuvo que reprocharse un momento de distracción! Finalmente, hacia el final del tercer día, estos padres desolados entraron en el templo, más bien para invocar la luz de lo alto que con la esperanza de encontrar allí a Jesús. Pero ¡cuál fue su sorpresa y admiración al ver al niño divino en medio de los doctores maravillados por la sabiduría de sus discursos, las preguntas y las respuestas que les daba! María, llena de alegría porque había encontrado a su hijo, no pudo, sin embargo, abstenerse de expresarle la inquietud que la afligía: “Hijo mío -le dijo-, ¿por qué nos has hecho esto? hace tres días que te buscamos con dolor”. – Jesús respondió: “¿Por qué me buscabais así? ¿No sabíais que es asunto mío ocuparme de lo que concierne a mi padre?” El evangelio añade que José y María no comprendieron inmediatamente esta respuesta. Afortunados por haber encontrado a Jesús, volvieron tranquilamente a su pequeño hogar de Nazaret.

Capítulo XVIII. Continuación de la vida doméstica de la sagrada familia.

Et erat subditus illis. (Y Jesús les fue obediente. – Lc. 2,51)

El santo Evangelio, después de relatar los rasgos principales de la vida de Jesús hasta los doce años, concluye en este punto toda la vida privada de Jesús hasta los treinta años con estas breves palabras: “Jesús era obediente a María y a José, *et erat subditus illis*”. Estas palabras, aunque ocultan a nuestros ojos la gloria de Jesús, revelan en un aspecto magnífico la grandeza de José. Si el educador de un príncipe ocupa una honrosa dignidad en el Estado, ¡cuál debía ser la dignidad de José, mientras se le confiaba la educación del Hijo de Dios! Jesús, cuya fuerza había crecido con los años, se convirtió en alumno de José. Le siguió en sus días de trabajo, y bajo su dirección aprendió el oficio de carpintero. San Cipriano, obispo de Cartago, escribió hacia el año 250 de la era cristiana que aún se conservaban con veneración los arados hechos por la mano del Salvador. Fue sin duda José quien había proporcionado el modelo y quien había dirigido la mano del Creador de todas las cosas en su taller.

Jesús quiso dar a los hombres el ejemplo de la obediencia incluso en las más pequeñas circunstancias de la vida. Así, cerca de Nazaret aún puede verse un pozo, donde José envió al divino niño a sacar agua para las necesidades de la familia.

Nos faltan detalles sobre estos laboriosos años que José pasó en Nazaret con Jesús y María. Lo que podemos decir sin temor a equivocarnos es que José trabajó incansablemente para ganarse el pan. La única distracción que se permitía era conversar bien y a menudo con el Salvador, cuyas palabras quedaron profundamente grabadas en su corazón.

A los ojos de los hombres, Jesús pasó por hijo de José. Y éste, cuya humildad era tan grande como su obediencia, guardaba en sí mismo el misterio que estaba encargado de proteger con su presencia. “José”, dice Bossuet, “vio a Jesús y guardó silencio; lo saboreó y no habló de él; se contentó sólo con Dios sin compartir su gloria con los hombres. Cumplió

su vocación, pues así como los apóstoles fueron ministros del Jesucristo conocido, José fue ministro y compañero de su vida oculta”.

Capítulo XIX. Últimos días de San José. Su preciosa agonía.

¡O nimis felix, nimis o beatus Cuius extremam vigiles ad horam Christus et Virgo simul astiterunt Ore sereno! (Oh alma piadosa bendita o feliz que, de tu destierro en el último momento, gozaste al lado de Jesús y María la bella semblanza. – de San José).

José estaba llegando a los ochenta años, y Jesús no tardaría en salir de su casa para recibir el bautismo de manos de Juan el Bautista, cuando Dios llamó a sí a su fiel siervo. Trabajos y fatigas de todo tipo habían desgastado el robusto estado de ánimo de José, y él mismo sentía que su fin estaba cerca. Después de todo, su misión en la tierra había terminado; y era justo que recibiera al fin la recompensa que merecían sus virtudes.

Por un favor muy especial, un ángel vino a advertirle de la proximidad de su muerte. Estaba preparado para comparecer ante Dios. Toda su vida no había sido más que una serie de actos de obediencia a la voluntad divina y poco le importaba la vida, pues se trataba de obedecer a Dios, que le llamaba a la vida bienaventurada. Según el testimonio unánime de la tradición, José no murió en el sufrimiento agudo de la enfermedad. Murió suavemente, como una llama a la que le ha faltado el alimento.

Yaciendo en su lecho de muerte, con Jesús y María a su lado, José quedó extasiado durante veinticuatro horas. Sus ojos vieron entonces con claridad las verdades que su fe había creído hasta entonces sin comprender. Penetró en el misterio de Dios hecho hombre y en la grandeza de la misión que Dios le había confiado a él, un pobre mortal. Presenció en espíritu los dolores de la pasión del Salvador. Cuando despertó, su rostro estaba iluminado y como transfigurado por una belleza totalmente celestial. Un delicioso perfume llenaba

la habitación en la que yacía y se esparcía también fuera, anunciando así a los vecinos del santo varón que su alma pura y bella estaba a punto de pasar a un mundo mejor.

En una familia de almas pobres y sencillas que se aman con ese amor puro y cordial que difícilmente se encuentra en el seno de la grandeza y la abundancia, cuando estas personas disfrutaron de los años de peregrinación en santa unión, y que, al igual que compartían las alegrías domésticas, compartían las penas santificadas por el consuelo religioso, si ocurriera que esta hermosa paz se viera oscurecida por la separación de un miembro querido, ¡oh cuán angustiado se siente entonces el corazón al separarse!

Jesús tuvo como Dios a un padre en el cielo que le comunicó su sustancia y naturaleza divinas desde toda la eternidad, haciendo eterna la gloria celestial de su persona en la tierra (aunque velada por los restos mortales); María tuvo a Jesús en la tierra que llenó su corazón de paraíso. Sin embargo, ¿quién negaría que Jesús y María, estando ahora cerca del Patriarca moribundo y dejando incluso la ternura de sus corazones a merced de la naturaleza, no sufrieron por tener que separarse temporalmente de su fiel compañero en la tierra? María no podía olvidar los sacrificios, los dolores, las penalidades, que José había tenido que sufrir por ella en los penosos viajes a Belén y a Egipto. Es cierto que José, al estar continuamente en su compañía, se veía compensado por lo que sufría, pero si esto era un argumento de consuelo para la una, no era una razón que dispensara al tierno corazón de la otra de un sentimiento de gratitud. José la había servido no sólo con todo el afecto de un esposo, sino también con toda la fidelidad de un siervo y la humildad de un discípulo, venerando en ella a la Reina del cielo, a la Madre de Dios. Ahora bien, ciertamente María no había pasado por alto tantas muestras de veneración, obediencia y estima, y no podía dejar de sentir una profunda y muy verdadera gratitud hacia José.

Y Jesús, que en cuestiones de amor ciertamente no debía ser inferior a ninguno de los dos, puesto que había dispuesto en los decretos de su divina Providencia que José

fuera su guardián y protector en la tierra, puesto que esta protección también había tenido que costarle a José tantos sufrimientos y trabajos, también Jesús debió de sentir en su corazón más amoroso los más dulces sentimientos de agradecido recuerdo. Al contemplar aquellos escasos brazos dispuestos en cruz sobre su fatigado pecho, recordó cuántas veces se habían abierto para estrecharlo contra su pecho cuando se lamentaba en Belén, cómo se habían afanado para llevarlo a Egipto, cómo se habían agotado en el trabajo para guardarle el pan de la vida. Cuántas veces aquellos labios queridos se habían acercado reverentes para imprimirle besos amorosos o para calentar sus miembros resacos en invierno; y aquellos ojos, que entonces estaban a punto de cerrarse a la luz del día, cuántas veces se habían abierto al llanto, honrando los sufrimientos de Él y de María, cuando tuvo que contemplarlo huyendo a Egipto, pero sobre todo cuando durante tres días lo lloró perdido en Jerusalén. Sin duda, estas muestras de amor inquebrantable no fueron olvidadas por Jesús en aquellos últimos momentos de la vida de José. Por eso imagino que María y Jesús, en la difusión del paraíso en aquellas últimas horas de la vida de José, también habrán honrado, como sobre la tumba de su amigo Lázaro, con el derramamiento de las lágrimas más puras, aquella última despedida solemne. ¡Oh sí, José tenía el paraíso ante sus ojos! Volvió su mirada a un lado y vio la aparición de María, y sostuvo sus santísimas manos entre las suyas, y recibió sus últimos cuidados, y oyó sus palabras de consuelo. Volvió los ojos hacia el otro lado y se encontró con la mirada majestuosa y todopoderosa de Jesús, y sintió sus manos divinas sosteniendo su cabeza, y enjugando sus sudores, y recogiendo de sus labios consuelos, acciones de gracias, bendiciones y promesas. Y me parece que María decía: "José, nos dejas; has terminado la peregrinación del destierro, me precederás en tu paz, descendiendo primero al seno de nuestro padre Abraham; ¡oh José, cuánto te agradezco la dulce compañía que me has hecho, los buenos ejemplos que me has dado, el cuidado que has tenido de mí y de mis cosas y los dolores más penosos que has sufrido por mi causa! oh, me

dejas, pero vivirás siempre en mi recuerdo y en mi corazón. Ten buen ánimo, oh José, *quoniam appropinquat redemptio nostra*". Y me parece que Jesús dijo: "José mío, tú mueres, pero yo también moriré, y si yo muero debes estimar la muerte y amarla como una recompensa. Corto es, oh José, el tiempo de la oscuridad y de la espera. Díselo a Abraham y a Isaac, que ansiaban verme y no fueron dignos; díselo a los que han esperado muchos años mi venida en esa oscuridad, y háblales de la liberación venidera; díselo a Noé, a José, a David, a Judit, a Jeremías, a Ezequiel, a todos esos Padres que deben esperar tres años más, y entonces se consumirán la Hueste y el Sacrificio y se borrarán la iniquidad del mundo. Mientras tanto, después de este breve tiempo, resucitarás gloriosa y hermosa, y conmigo, más gloriosa y más hermosa, te alzarás en la embriaguez del triunfo. Alégrate, querido guardián de mi vida, fuiste bueno y generoso conmigo, pero nadie puede ganarme con la gratitud". La santa Iglesia expresa las amorosas últimas atenciones de Jesús y María hacia san José con estas palabras: "*Cuius extremas vigiles ad horas Christus et Mater simul astiterunt ore sereno*". En las últimas horas de San José, con semblante sereno, Jesús y María asistieron con la más amorosa vigilancia.

[\(continuación\)](#)

Vida de San José, esposo de María Santísima, padre adoptivo de Jesucristo (1/3)

San José es patrono de la Iglesia y también copatrono de la Congregación Salesiana. Desde el principio, Don Bosco quiso

asociarlo como protector de la naciente obra en favor de los jóvenes. Seguro de su poderosa intercesión, quiso difundir su culto y escribió para ello una vida, más para instruir que para meditar, que deseamos presentar a continuación.

Prefacio

En un momento en que la devoción al glorioso padre adoptivo de Jesús, San José, parece ser tan universal, creemos que no estaría de más que nuestros lectores publicaran hoy un dossier sobre la vida de este santo.

Las dificultades encontradas para encontrar los hechos particulares de la vida de este santo en los escritos antiguos tampoco deben disminuir en lo más mínimo nuestra estima y veneración por él; al contrario, en el silencio tan sagrado del que está rodeada su vida encontramos algo misterioso y grandioso. San José había recibido de Dios una misión totalmente opuesta a la de los apóstoles (Bossuet). Estos últimos debían dar a conocer a Jesús; José debía mantenerlo oculto; ellos debían ser antorchas que lo mostraran al mundo, éste un velo que lo cubriera. Así pues, José no era para sí mismo, sino para Jesucristo.

Por tanto, estaba en la economía de la Divina Providencia que San José se mantuviera oculto mostrando sólo lo necesario para autentificar la legitimidad del matrimonio con María, y para despejar toda sospecha sobre la filiación de Jesús. Pero, aunque no podamos penetrar en el Santuario del Corazón de José y admirar las maravillas que Dios obró allí, sostenemos, sin embargo, que para gloria de su divino protegido, para gloria de su esposa celestial, José tuvo que reunir en sí mismo un cúmulo de gracias y dones celestiales.

Puesto que la verdadera perfección cristiana consiste en aparecer tan grande ante Dios como el más pequeño ante los hombres, San José, que pasó su vida en la más humilde oscuridad, es capaz de proporcionar el modelo de aquellas virtudes que son como la flor de la santidad, la santidad interior, de modo que lo que David escribió de la sagrada

esposa puede decirse muy bien de San José: *Omnis gloria eius filia Regis ab intus (toda resplandeciente esta hija de reyes en el interior* (Sal 44,14).

S. José es universalmente reconocido e invocado como protector de los moribundos, y ello por tres razones: 1^{ro} por el imperio amoroso que adquirió sobre el Corazón de Jesús, juez de vivos y muertos y su hijo adoptivo; 2^{do} por el extraordinario poder que Jesucristo le confirió para vencer a los demonios que asaltan a los moribundos, y ello en recompensa por haberle salvado el santo una vez de las asechanzas de Herodes; 3^{ro} por el sublime honor de que gozó José al ser asistido en el punto de la muerte por Jesús y María. ¿Qué nueva razón importante hay para que nos inflamemos en su devoción?

Deseosos, pues, de proporcionar a nuestros lectores los rasgos principales de la vida de San José, hemos buscado entre las obras ya publicadas algunas que sirvieran a este fin. Muchas de ellas se publican desde hace algunos años, pero, bien porque eran demasiado voluminosas o demasiado ajenas en su sublimidad al estilo popular, bien porque carecían de datos históricos y estaban escritas con el objetivo de servir de meditación más que de instrucción, no se adaptaban a nuestro propósito. Aquí, por tanto, hemos recogido del Evangelio y de algunos de los autores más acreditados la información principal sobre la vida de este santo, con algunas reflexiones apropiadas de los santos Padres.

La veracidad de la narración, la sencillez del estilo y la autenticidad de la información harán, esperamos, agradable este leve esfuerzo. Si la lectura de este opúsculo sirve para procurar al casto esposo de María, aunque sólo sea un devoto más, ya nos sentiremos abundantemente satisfechos.

Capítulo I. Nacimiento de San José. Su lugar de origen.

Ioseph, autem, vir eius cum esset iustus (José, su esposo siendo justo. – Mt. 1,19)

A unas dos leguas [9,7 km] de Jerusalén, en la cima de una colina, cuyo suelo rojizo está sembrado de olivares, se levanta una pequeña ciudad famosa desde siempre por el nacimiento del niño Jesús, la ciudad de Belén, de la que tomó su origen la familia de David. En esta pequeña ciudad, hacia el año del mundo 3950, nació aquel que, según los elevados designios de Dios, iba a convertirse en el guardián de la virginidad de María y en el padre adoptivo del Salvador de la humanidad.

Sus padres le dieron el nombre de José, que significa *aumento*, como para dar a entender que fue aumentado con los dones de Dios y colmado pródigamente de todas las virtudes desde su nacimiento.

Dos evangelistas nos transmitieron la genealogía de José. Su padre se llamaba Jacob, según san Mateo (Mt 1,16), y según san Lucas se llamaba Elí (Lc 3,23); pero la opinión más común y más antigua es la que nos ha transmitido Julio Africano, que escribió a finales del siglo II de la era cristiana. Fiel a lo que le contaron los propios parientes del Salvador, nos dice que Jacob y Elí eran hermanos y que, habiendo muerto Elí sin descendencia, Jacob se casó con su viuda, como prescribía la ley de Moisés, y de este matrimonio nació José.

Del linaje real de David, descendiente de Zorobabel, que trajo de vuelta al pueblo de Dios del cautiverio de Babilonia, los padres de José habían caído muy lejos del antiguo esplendor de sus antepasados en cuanto a riqueza temporal. Según la tradición, su padre era un pobre jornalero que se ganaba el sustento diario con el sudor de su frente. Pero Dios, que no admira la gloria que se disfruta ante los hombres, sino el mérito de la virtud ante sus propios ojos, le eligió para ser el guardián del Verbo descendido sobre la tierra. Además, la profesión de artesano, que en sí misma no tiene nada de abyecta, gozaba de gran honor en el pueblo de Israel. En efecto, todo israelita era artesano, porque todo padre de familia, cualquiera que fuera su fortuna

y la altura de su rango, estaba obligado a hacer que su hijo aprendiera un oficio, a menos que, según la ley, quisiera convertirse en un ladrón.

Poco sabemos de la infancia y juventud de José. De la misma manera que el nativo, para encontrar el oro con el cual debe forjar su fortuna, se ve obligado a lavar la arena del río para extraer de ella el metal precioso que sólo se encuentra en partículas muy pequeñas, así nosotros estamos obligados a buscar en el Evangelio esas pocas palabras que el Espíritu Santo dejó esparcidas aquí y allá sobre José. Pero como el nativo al lavar su oro le da todo su esplendor, así al reflexionar sobre las palabras del Evangelio encontramos apropiado para San José el elogio más hermoso que se puede hacer de una criatura. El libro sagrado se contenta con decirnos que era un hombre justo. ¡Oh admirable palabra que por sí sola expresa mucho más que discursos enteros! José era un hombre justo, y gracia a esta justicia debía ser juzgado digno del sublime ministerio del padre adoptivo de Jesús.

Sus piadosos padres se preocuparon de educarlo en la práctica austera de los deberes de la religión judía. Sabiendo cuánto influye la educación temprana en el futuro de los niños, se esforzaron por hacerle amar y practicar la virtud tan pronto como su joven inteligencia fue capaz de apreciarla. Además, si es cierto que la belleza moral se refleja en el exterior, bastaba echar un vistazo a la querida persona de José para leer en sus rasgos el candor de su alma. Según autorizados escritores, su rostro, su frente, sus ojos, todo su cuerpo exudaban la más dulce pureza y le hacían asemejarse a un ángel descendido de la tierra.

(“Había en José una modestia exaltada, un pudor, una prudencia suprema, era excelente en la piedad hacia Dios y resplandecía con una maravillosa belleza de cuerpo”. Eusebio de Cesarea, lib. 7 De praep. Evang. apud Engelgr. in Serm. s. Joseph).

Capítulo II. Juventud de José – Traslado a Jerusalén – Voto de castidad.

Bonum est viro cum portaverit iugum ab adolescentia sua. (Es bueno para un hombre llevar el yugo desde su adolescencia. – Lam. 3,27)

Apenas sus fuerzas se lo permitieron, José ayudó a su padre en el trabajo. Aprendió el oficio de carpintero, que, según la tradición, era también el oficio de su padre. ¡Cuánta aplicación, cuánta docilidad tuvo que emplear en todas las lecciones que recibió de su padre!

Su aprendizaje terminó precisamente entonces, cuando Dios permitió que sus padres le fueran arrebatados por la muerte. Lloró a quienes habían cuidado de su infancia; pero soportó esta dura prueba con la resignación de un hombre que sabe que no todo acaba con esta vida mortal y que los justos son recompensados en un mundo mejor. Ahora que ya no le retenían en Belén, vendió su pequeña propiedad y fue a establecerse en Jerusalén. Esperaba encontrar allí más trabajo que en su ciudad natal. Por otra parte, se acercó al templo, donde su piedad le atraía continuamente.

Allí pasó José los mejores años de su vida, entre el trabajo y la oración. Dotado de una perfecta probidad, no intentaba ganar más de lo que su trabajo merecía, él mismo fijaba el precio con una admirable buena fe, y sus clientes nunca se sentían tentados de rebajarle el precio, porque conocían su honradez. Aunque estaba todo él concentrado en su trabajo, nunca permitía que sus pensamientos se alejaran de Dios. ¡Ah! si uno pudiera aprender de José este precioso arte de trabajar y rezar al mismo tiempo, obtendría sin duda un doble beneficio; ¡aseguraría así la vida eterna ganándose el pan de cada día con mucha mayor satisfacción y provecho!

Según las tradiciones más respetables, José pertenecía a la secta de los esenios, secta religiosa que existía en Judea en la época de su conquista por los romanos. Los esenios profesaban una austeridad mayor que los demás judíos. Sus principales ocupaciones eran el estudio de la ley divina y la práctica del trabajo y la caridad, y en general

eran admirados por la santidad de sus vidas. José, cuya alma pura aborrecía la más ligera inmundicia, se había unido a una clase del pueblo cuyas reglas correspondían tan bien a las aspiraciones de su corazón; incluso, como dice el venerable Beda, había hecho voto formal de castidad perpetua. Y lo que nos confirma en esta creencia es la afirmación de San Jerónimo, que nos dice que José nunca se había preocupado por el matrimonio antes de convertirse en esposo de María.

Por esta vía oscura y oculta, José se preparó, sin saberlo, para la sublime misión que Dios le tenía reservada. Sin otra ambición que cumplir fielmente la voluntad divina, vivía alejado del mundanal ruido, dividiendo su tiempo entre el trabajo y la oración. Tal había sido su juventud, tal también, según creía, era su deseo de pasar su vejez. Pero Dios, que ama a los humildes, tenía otros cuidados para su fiel servidor.

Capítulo III. Matrimonio de San José.

Faciamus ei adiutorium simile sibi. (Hagamos al hombre una semejante a él. – Gn. 2,18)

José estaba entrando en la cincuentena, cuando Dios lo sacó de la apacible existencia que llevaba en Jerusalén. Había en el templo una joven Virgen de padres consagrados al Señor desde su infancia.

Del linaje de David, era hija de los dos santos ancianos Joaquín y Ana, y se llamaba María. Su padre y su madre habían muerto hacía muchos años, y la carga de su educación quedó enteramente en manos de los sacerdotes de Israel. Cuando cumplió los catorce años, edad fijada por la ley para el matrimonio de las jóvenes doncellas, el gran Pontífice se preocupó de procurar a María un esposo digno de su nacimiento y de su alta virtud. Pero se presentó un obstáculo; María había hecho voto al Señor de su virginidad.

Ella respondió respetuosamente que, puesto que había hecho el voto de virginidad, no podía romper sus promesas de matrimonio. Esta respuesta desconcertó mucho las

ideas del sumo sacerdote.

No sabiendo cómo conciliar el respeto debido a los votos hechos a Dios con la costumbre mosaica que imponía el matrimonio a todas las doncellas de Israel, reunió a los ancianos y consultó al Señor al pie del tabernáculo de la alianza. Habiendo recibido las inspiraciones del Cielo y convencido de que algo extraordinario se ocultaba en este asunto, el Sumo Sacerdote resolvió convocar a los numerosos parientes de María, a fin de elegir entre ellos al que debía ser el afortunado esposo de la Virgen bendita.

Todos los solteros de la familia de David fueron, pues, convocados al templo. José, aunque mayor, estaba con ellos. El Sumo Sacerdote les anunció que se trataba de echar suertes para dar un esposo a María, y que la elección la haría el Señor, ordenó que todos estuvieran en el templo santo al día siguiente con una vara de almendro. La vara se colocaría sobre el altar, y aquel cuya vara hubiera florecido sería el favorito del Altísimo para ser el consorte de la Virgen.

Al día siguiente, una gran multitud de jóvenes acudió al templo con sus ramas de almendro, y José con ellos; pero, ya fuera por espíritu de humildad o por el voto que había hecho de virginidad, en lugar de presentar su rama la escondió bajo su manto. Todas las demás ramas fueron colocadas sobre la mesa, los jóvenes salieron con el corazón lleno de esperanza, y José calló y se reunió con ellos. El templo estaba cerrado y el Sumo Sacerdote aplazó la reunión hasta mañana. Apenas había salido el nuevo sol, y los jóvenes ya estaban impacientes por conocer su destino.

Cuando llegó la hora señalada, se abrieron las puertas sagradas y apareció el Pontífice. Todos se agolparon para ver el resultado. No había florecido ninguna vara.

El Sumo Sacerdote se postró con el rostro en tierra ante el Señor, y le interrogó sobre su voluntad, y si por su falta de fe, o por no haber entendido su voz, no había aparecido en las ramas la señal prometida. Y Dios le contestó que la señal prometida no se había producido porque entre aquellas tiernas varas faltaba la ramita de la deseada del

Cielo; que buscara y viera cumplida la señal. Pronto se buscó a la persona que había robado la rama.

El silencio, el casto rubor que enrojeció las mejillas de José, no tardaron en delatar su secreto. Conducido ante el santo Pontífice, confesó la verdad: pero el sacerdote vislumbró el misterio y, llevando aparte a José, le interrogó por qué había desobedecido así.

José respondió humildemente que hacía tiempo que tenía en mente alejar de sí aquel peligro, que hacía tiempo que tenía resuelto en su corazón no casarse con ninguna doncella, y que le parecía que Dios mismo le había consolado en su santo propósito, y que él mismo era demasiado indigno de una doncella tan santa como sabía que era María; por eso debía entregarse a otro más santo y más rico.

Entonces el sacerdote empezó a admirar el santo consejo de Dios, y a José ya no le dijo: Ten buen ánimo, hijo: deja tu ramita como los demás y espera el juicio divino. Seguramente, si te elige, encontrarás en María tanta santidad y perfección por encima de todas las demás doncellas, que no tendrás que utilizar oraciones para persuadirla de tu propósito. Al contrario, ella misma te rogará lo que quieras, y te llamará hermano, tutor, testigo, esposo, pero nunca marido.

José, convencido de la voluntad del Señor por las palabras del Sumo Pontífice, dejó su rama con los demás y se retiró en santo recogimiento a orar.

Al día siguiente se congregó de nuevo la asamblea en torno al Sumo Sacerdote, y he aquí que en la rama de José brotaban flores blancas y gruesas, con hojas suaves y tiernas.

El Sumo Sacerdote lo mostró todo a los jóvenes reunidos, y les anunció que Dios había elegido para esposo de María, hija de Joaquín, a José, hijo de Jacob, ambos de la casa y familia de David. Al mismo tiempo se oyó una voz que decía: "¡Oh mi fiel siervo José! a ti te está reservado el honor de casarte con María, la más pura de todas las criaturas; cúmplele todo lo que ella te diga".

José y María, reconociendo la voz del Espíritu Santo, aceptaron esta decisión y consintieron en un matrimonio que no perjudicara su virginidad.

Según San Jerónimo, el matrimonio se celebró el mismo día con la mayor sencillez.

Una tradición de la Historia del Carmelo cuenta que entre los jóvenes reunidos para aquella ocasión había un joven apuesto y vivaz que aspiraba ardientemente la mano de María. Cuando vio florecer la rama de José y desvanecerse sus esperanzas, se quedó atónito y sin sentimientos. Pero en aquel tumulto de afecto, el Espíritu Santo descendió dentro de él y cambió de repente su corazón. Levantó el rostro, sacudió la rama inútil y con fuego inusitado dijo: "Yo -dijo- no era para ella. Ella no era para mí. Y nunca seré de otro. Seré de Dios". Rompió la rama y la arrojó fuera de sí, diciendo: Vete con todo pensamiento de matrimonio. Al Carmelo, al Carmelo con los hijos de Elías. Allí tendré la paz que por ahora me sería imposible en la ciudad. Dicho esto, fue al Carmelo y pidió ser aceptado también entre los hijos de los Profetas. Fue aceptado, progresó rápidamente allí en espíritu y virtud, y se convirtió en profeta. Es aquel Agabo que predijo prisiones y encarcelamientos al Apóstol San Pablo. Ante todo, fundó un santuario a María en el Monte Carmelo. La santa Iglesia celebra su memoria en sus esplendores, y los hijos del Carmelo lo tienen por hermano.

José, llevando de la mano a la humilde Virgen, se presentó ante los sacerdotes acompañado de algunos testigos. El modesto artesano ofreció a María un anillo de oro, adornado con una piedra amatista, símbolo de la fidelidad virginal, y al mismo tiempo le dirigió las palabras sacramentales: "Si consientes en ser mi esposa, acepta esta prenda". Al aceptarlo, María quedó solemnemente ligada a José, aunque aún no se hubieran celebrado las ceremonias matrimoniales.

Este anillo ofrecido por José a María se conserva aún en Italia, en la ciudad de Perusa, a la que, tras muchas

vicisitudes y controversias, le fue finalmente concedido por el papa Inocencio VIII en 1486.

Capítulo IV. José regresa a Nazaret con su esposa.

Erant cor unum et anima una. (Eran un solo corazón y una sola alma. – Hch 4:32)

Una vez celebrado el matrimonio, María regresó a su Nazaret natal con siete vírgenes que el Sumo Sacerdote le había concedido como compañeras.

Debía esperar la ceremonia nupcial en oración y confeccionar su modesto ajuar nupcial. San José permaneció en Jerusalén para preparar su morada y disponerlo todo para la celebración del matrimonio.

Al cabo de unos meses, según las costumbres de la nación judía, se celebraron las ceremonias que debían seguir a la boda. Aunque ambos eran pobres, José y María dieron a esta celebración toda la pompa y circunstancia que les permitían sus limitados medios. María dejó entonces su casa de Nazaret y vino a vivir con su marido a Jerusalén, donde iba a celebrarse la boda.

Una antigua tradición cuenta que María llegó a Jerusalén en una fría tarde de invierno y que la luna hacía brillar sus rayos de plata sobre la ciudad.

José se dirigió al encuentro de su joven compañera a las puertas de la ciudad santa, seguido de una larga procesión de parientes, cada uno de ellos con una antorcha en la mano. El cortejo nupcial condujo a la pareja a casa de José, donde éste había preparado el banquete nupcial.

Cuando entraron en la sala del banquete y los invitados ocuparon los lugares que les habían sido asignados en la mesa, el patriarca se acercó a la santa Virgen: "Serás como mi madre -le dijo- y te respetaré como al altar mismo del Dios vivo". En adelante, dice un erudito escritor, a los ojos de la ley religiosa no fueron más que hermano y hermana en matrimonio, aunque su unión se conservó íntegramente. José no permaneció mucho tiempo en Jerusalén después de las ceremonias

nupciales; los dos santos esposos abandonaron la ciudad santa para dirigirse a Nazaret, a la modesta casa que María había heredado de sus padres.

Nazaret, cuyo nombre hebreo significa flor de los campos, es una pequeña y hermosa ciudad, pintorescamente encaramada en la ladera de una colina, al final del valle de Esdrelón. Fue, pues, en esta agradable ciudad donde José y María vinieron a establecer su hogar.

La casa de la Virgen constaba de dos habitaciones principales, una de las cuales servía de taller a José, y la otra era para María. El taller, donde trabajaba José, consistía en una habitación baja de tres o cuatro metros de ancho por otros tantos de largo. Allí se veían distribuidas ordenadamente las herramientas necesarias para su profesión. En cuanto a la madera que necesitaba, una parte permanecía en el taller y la otra fuera, lo que permitía al santo obrero trabajar al aire libre gran parte del año.

En la parte delantera de la casa había, según la costumbre oriental, un banco de piedra sombreado por esteras de palma, donde el viajero podía descansar sus miembros cansados y resguardarse de los abrasadores rayos del sol.

La vida que llevaban estos esposos privilegiados era muy sencilla. María se ocupaba de la limpieza de su pobre morada, trabajaba su ropa con sus propias manos y lavaba la de su marido. En cuanto a José, ahora fabricaba una mesa para las necesidades de la casa, o carros o yugos para los vecinos de quienes había recibido el encargo; ahora, con su brazo aún vigoroso, subía a la montaña para cortar los altos sicómoros y los terebintos negros que debían servir para la construcción de las cabañas que levantó en el valle.

Su joven y virtuosa compañera no le hizo esperar, sino que ella misma le secaba la frente empapada de sudor, le dio el agua tibia que había calentado para lavarle los pies y le sirvió la frugal cena que le devolvería las fuerzas. Consistía principalmente en pequeños panes de cebada, productos lácteos, fruta y algunas legumbres. Luego, cuando terminó la noche, un sueño reparador preparó a nuestro santo

Patriarca para reanudar mañana sus ocupaciones cotidianas. Esta vida, laboriosa y dulce al mismo tiempo, había durado unos dos meses, cuando llegó la hora señalada por la Providencia para la encarnación del Verbo divino.

Capítulo V. La Anunciación de María Santísima

Ecce ancilla Domini; fiat mihi secundum verbum tuum. (He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra. – Lc. 1:38)

Un día José había ido a trabajar a una aldea vecina. María estaba sola en casa y, como era su costumbre, oraba mientras estaba ocupada hilando lino. De repente, un ángel del Señor, el arcángel Gabriel, descendió a la pobre casa todo resplandeciente con los rayos de la gloria celestial, y saludó a la humilde Virgen, diciéndole: “Te saludo, llena de gracia; el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres”. Tan inesperado elogio produjo una profunda turbación en el alma de María. Para tranquilizarla, el Ángel le dijo: “No temas, oh María, porque has hallado gracia ante los ojos de Dios. He aquí que concebirás y darás a luz un hijo, que se llamará Jesús. Será grande y se llamará Hijo del Altísimo. El Señor le dará el trono de David, su padre; reinará eternamente en la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin”. “¿Cómo será esto posible”, preguntó la humilde Virgen, “si no conozco a nadie?”

No podía conciliar su promesa de virginidad con el título de Madre de Dios. Pero el Ángel le respondió: “El Espíritu Santo descenderá en ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; el fruto santo que nacerá de ti será llamado hijo de Dios”. Y para dar una prueba de la omnipotencia de Dios, el arcángel Gabriel añadió: “He aquí que Isabel, tu prima, ha concebido un hijo en su vejez, y la que era estéril ya está en el sexto mes de su embarazo. Porque nada hay imposible para Dios”.

Ante estas divinas palabras, la humilde María no encontró nada más que decir: “He aquí la esclava del Señor”,

respondió al Ángel, “hágase en mí según tu palabra”. El Ángel desapareció; el misterio de los misterios se había cumplido. El Verbo de Dios se había encarnado para la salud de la humanidad.

Hacia el anochecer, cuando José regresó a la hora acostumbrada, después de haber terminado su trabajo, María no le dijo nada del milagro del que había sido objeto.

Se contentó con anunciarle el embarazo de su prima Isabel: y como deseaba visitarla, como esposa sumisa pidió permiso a José para emprender el viaje, que por cierto era largo y fatigoso. Él no tuvo nada que negarle y ella partió en compañía de algunos parientes. Es de creer que José no pudo acompañarla a casa de su prima, porque tenía sus ocupaciones en Nazaret.

Capítulo VI. La inquietud de José – Un ángel le tranquiliza.

Ioseph, fili David, noli timere accipere Mariam coniugem tuam, quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est. (José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, porque lo concebido en ella es por el Espíritu Santo. – Mt. 1:20)

S. Isabel vivía en las montañas de Judea, en una pequeña ciudad llamada Hebrón, a setenta millas [113 km] de Nazaret. No seguiremos la pista de María en su viaje; nos basta con saber que María permaneció unos tres meses con su prima.

Pero el regreso de María preparó a José para una prueba que iba a ser el preludio de muchas otras. No tardó en darse cuenta de que María se encontraba en un estado interesante y, por tanto, atormentada por ansiedades mortales. La ley le autorizaba a acusar a su esposa ante los sacerdotes y a cubrirla de deshonra eterna; pero tal paso repugnaba a la bondad de su corazón y a la alta estima en que hasta entonces había tenido a María. En esta incertidumbre, resolvió abandonarla y expatriarse para rechazar únicamente sobre sí todo lo odioso de tal separación. De hecho, ya había hecho los preparativos para partir, cuando un ángel descendió del Cielo

para tranquilizarle:

“José, hijo de David”, le dijo el mensajero celestial, “no temas recibir a María por consorte, pues lo concebido en ella es por el Espíritu Santo. Dará a luz un hijo al que pondrás por nombre Jesús, porque librá a su pueblo de sus pecados”.

En adelante, José, completamente tranquilo, concibió la más alta veneración por su casta esposa; vio en ella el tabernáculo viviente del Altísimo, y sus cuidados no fueron sino más tiernos y respetuosos.

Capítulo VII. Edicto de César Augusto. – El censo. – Viaje de María y José a Belén.

Tamquam aurum in fornace probavit electos Dominus. (Dios probó a los elegidos como oro en el horno. – Sab. 3:6.)

Se acercaba el momento en que el Mesías prometido a las naciones iba a aparecer por fin en el mundo. El Imperio Romano había alcanzado entonces el apogeo de su grandeza.

César Augusto, al hacerse con el poder supremo, realizó aquella unidad que, según los designios de la Providencia, debía servir a la propagación del Evangelio. Bajo su reinado cesaron todas las guerras y se cerró el Templo de Jano (en aquella época era costumbre en Roma mantener abierto el Templo de Jano durante la guerra y cerrarlo en tiempos de paz). En su orgullo, el emperador romano quiso conocer el número de sus súbditos, y para ello ordenó un censo general en todo el imperio.

Cada ciudadano debía censarse a sí mismo y a toda su familia en su ciudad natal. José tuvo, pues, que abandonar su pobre casa para obedecer las órdenes del emperador; y como era del linaje de David, y esta ilustre familia procedía de Belén, tuvo que ir allí para ser empadronado.

Era una triste y brumosa mañana del mes de diciembre del año 752 de Roma, cuando José y María abandonaron su pobre hogar de Nazaret para dirigirse a Belén, adonde les llamaba la obediencia debida a las órdenes del soberano. Sus

preparativos para la partida no fueron largos. José metió algunas ropas en un saco, preparó el tranquilo y manso caballo que debía transportar a María, que ya estaba en el noveno mes de su embarazo, y se envolvió en su gran manto. Entonces los dos santos viajeros partieron de Nazaret acompañados por las felicitaciones de sus parientes y amigos. El santo patriarca, con su bastón de viaje en una mano, sujetaba con la otra la brida de la yegua en la que iba sentada su esposa.

Tras cuatro o cinco días de marcha, divisaron Belén a lo lejos. Empezaba a amanecer cuando entraron en la ciudad. La montura de María estaba cansada; María, además, tenía gran necesidad de descansar: así que José partió rápidamente en busca de alojamiento. Recorrió todas las posadas de Belén, pero sus pasos fueron inútiles. El censo general había atraído allí a una multitud extraordinaria; y todas las posadas estaban a reborar de forasteros. En vano fue José de puerta en puerta pidiendo albergue para su agotada esposa, y las puertas permanecieron cerradas.

Capítulo VIII. María y José se refugian en una pobre cueva. – Nacimiento del Salvador del mundo. – Jesús adorado por los pastores.

Et Verbum caro factum est. (Y el Verbo se hizo carne. – Jn. 1:14.)

Algo desanimados por la falta de toda hospitalidad, José y María abandonaron Belén con la esperanza de encontrar en el campo el asilo que la ciudad les había negado. Llegaron a una cueva abandonada, que ofrecía cobijo a los pastores y sus rebaños por la noche y en los días de mal tiempo. Había un poco de paja en el suelo, y un hueco en la roca servía también de banco para descansar y de pesebre para los animales. Los dos viajeros entraron en la cueva para descansar de las fatigas del viaje y calentarse los miembros resacos por el frío del invierno. En este miserable refugio, lejos de la mirada de los hombres, María dio al mundo al Mesías prometido a nuestros primeros padres. Era medianoche,

José adoró al niño divino, lo envolvió en paños y lo depositó en el pesebre. Era el primero de los hombres a quien correspondía el incomparable honor de ofrecer homenaje a Dios, que había descendido a la tierra para redimir los pecados de la humanidad.

Unos pastores vigilaban sus rebaños en el campo cercano. Se les apareció un ángel del Señor y les anunció la buena nueva del nacimiento del Salvador. Al mismo tiempo se oyeron coros celestiales que repetían: “Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”. Aquellos hombres sencillos no dudaron en seguir la voz del ángel. “Vayamos -se dijeron- a Belén y veamos lo que ha sucedido”. Y sin más preámbulos entraron en la cueva y adoraron al divino niño.

[\(continuación\)](#)